

**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

POLICIAGO

EL CRIMEN DE FANNY BRITTEN

Clark Carrados



PUNTO ROJO

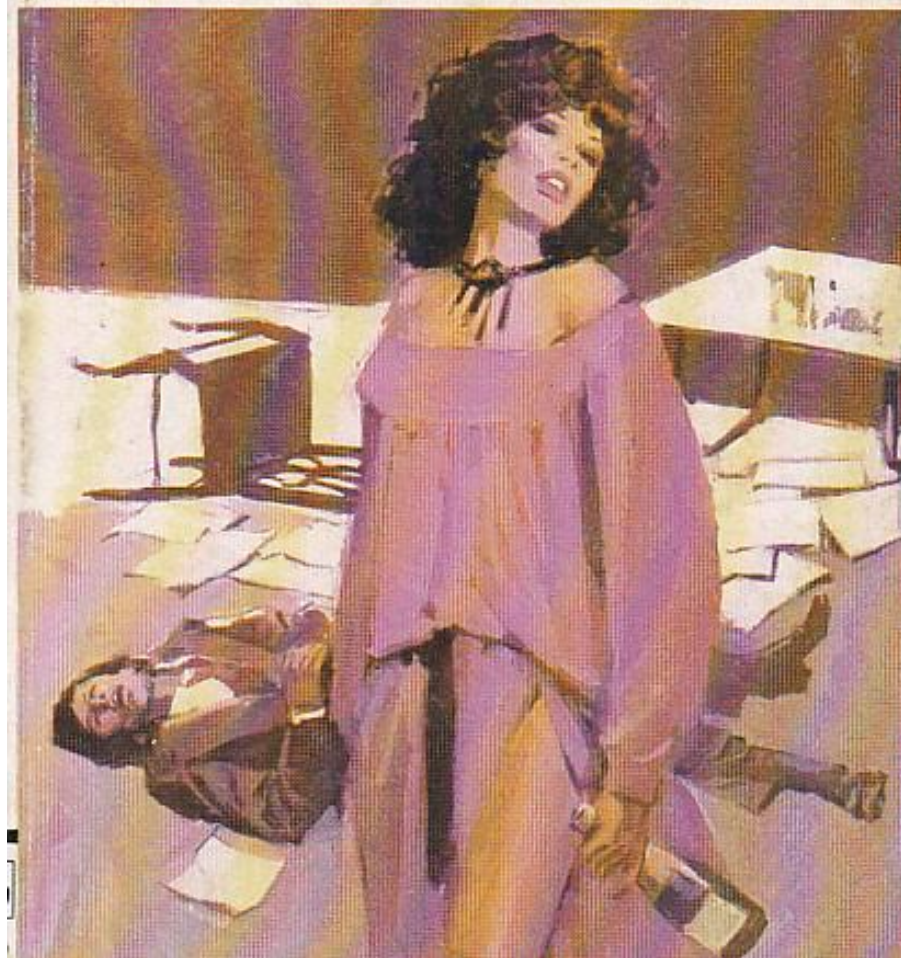
**BRU
GUE
RA**

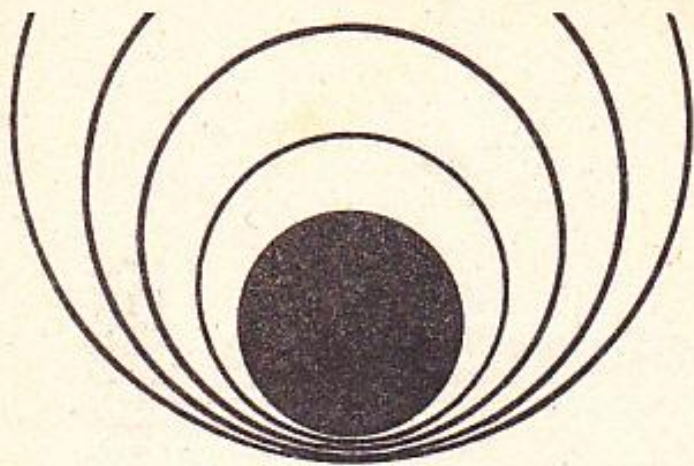
BOLSILIBROS

T **POLICIAGO**

EL CRIMEN DE FANNY BRITTEN

Clark Carrados





PUNTO ROJO



CLARK CARRADOS

EL CRIMEN DE FANNY BRITTEN

Colección PUNTO ROJO n.º 1.128 Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA
EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.873 — Plata para los buitres.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.735 — Una ladrona con clase.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.658 — Sed de odio, sed de sangre.

En Colección CALIFORNIA:

812 — Abogado de revólver.

En Colección KANSAS:

1.030 — Derrota y victoria.

En Colección BRAVO OESTE:

636 — Clave para el asesino.

En Colección SALVAJE TEXAS:

818 — Las siete chicas de oro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

138 — Contratados para morir.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

66 — Destinos ardientes.

En Colección PUNTO ROJO:

1.125 — Hay un tesoro en el lago.

En Colección COLORADO:

1.069 — Unidos por el odio.

ISBN 84-02-02520-X Depósito legal: B. 35.435-1983

Impreso en España Printed in Spain

1.* edición en España: diciembre, 1983 1.a edición en América: junio, 1984

© Clark Carrados - 1983

texto

© Desilo - 1983

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.

A. Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del Vallés (N

I 52, Km 21,6501 Barcelona – 1983

CAPITULO PRIMERO

Estaba sentada en un butacón, muy rígida, con las piernas juntas, pero no cruzadas, y las manos sobre el regazo, la izquierda, encima de la derecha, tapando el pequeño revólver niquelado, con cachas de marfil, que empuñaba crispadamente. Los ojos de Fanny Britten parecían contemplar el cuadro situado en la pared frontera, pero, en realidad, no veían nada.

Ausente de cuanto le rodeaba, parecía una estatua en la que únicamente se apreciaban los movimientos regulares de una acompasada respiración. El rostro aparecía limpio de todo maquillaje y el cabello, negro y abundante, caía en brillantes ondas sobre sus hombros.

La estancia se hallaba casi a oscuras. Sólo en un rincón había encendida una lámpara, con un gran pie de bronce. La chimenea permanecía apagada y no había siquiera rescoldo en la ceniza de los leños que habían ardido hasta unos minutos antes.

Fuera caía la lluvia mansamente. El jardín que rodeaba la casa desprendía un húmedo vaho. Había algunas lámparas, en faroles, que iluminaban el camino desde la entrada del jardín hasta la casa. Fanny Britten, sin embargo, se hallaba de espaldas a las ventanas que daban al jardín, cubiertas por pesadas cortinas de terciopelo rojo oscuro.

En el gran carillón del vestíbulo sonaron dos campanadas. Fanny continuó inmóvil. De pronto, se oyó el rumor del motor de un coche que rodaba a moderada velocidad por el sendero central.

El coche se detuvo a los pocos instantes frente a la casa.

Alguien abrió la puerta principal y pasó al vestíbulo, rezongando algo entre dientes contra el mal tiempo. Dejó un portafolios sobre una banqueta y luego avanzó hacia la puerta situada a su derecha, que abrió en el acto.

El hombre respingó al ver a Fanny sentada en el sillón. Los ojos de la mujer se clavaron en el recién llegado.

—¿Qué haces aquí? —preguntó bruscamente.

Fanny se puso en pie con lentitud, sin variar la posición de sus manos.

—Estaba aguardándote, Nick —contestó.

—Bueno, va he llegado. Te dije que vendría un poco tarde...

—Te hubiera esperado un año, de haber sido preciso.

—Fanny, no te pongas melodramática. Ya sabes que mi trabajo, a veces, me obliga a llegar a horas avanzadas...

—Sé muy bien lo que haces cuando estás fuera de casa, pero eso se ha acabado ya, Nick. ¡Para siempre!

El hombre se alarmó cuando vio que ella levantaba la mano derecha, armada con el revólver.

—¿Qué haces? —gritó—. ¿Te has vuelto loca? ¡Tira el arma inmediatamente, Fanny!

¡Deja que te expliq...!

La voz del sujeto fue interrumpida bruscamente por el estampido del revólver. Sus ojos se dilataron de forma espantosa al sentir el violento impacto del proyectil.

En el centro de su frente apareció un rojo orificio, del que manaba ya un pequeño

reguero. La sangre se deslizó por el puente de la nariz, llegó hasta la punta y empezó a gotear al suelo. Y, en el mismo momento, como si el hombre hubiera adquirido conciencia de que estaba muerto, se desplomó al suelo sin un solo movimiento.

Otro hombre irrumpió en la estancia rápidamente.

—¡Maldición! —rugió—. ¿Por qué lo has hecho, Fanny?

Ella volvió la cabeza y le miró agónicamente. Luego, como si las fuerzas le hubieran abandonado, cerró los ojos, emitió un hondo suspiro, dobló las rodillas y cayó al suelo como una masa inerte.

El hombre contempló aquel cuadro y meneó la cabeza pesarosamente.

—¡Va a ser todo un notición! —masculló.

* * *

La mujer dio la vuelta y quedó encima de Douglas Dillon. Ella sonreía provocativamente, mientras le paseaba sus colgantes senos por el rostro. Las manos de Dillon, por otra parte, recorrían la cálida espalda

femenina, arrancándole risitas de satisfacción.

—Eres insaciable, Doug —dijo ella—. Me trajiste aquí a las dos de la madrugada, son las diez de la mañana y todavía no estás satisfecho...

Dillon pensó que era ella quien no estaba satisfecha. Pero no se podía negar que su acompañante tenía sobrados encantos para pasarse toda una noche en vela o poco menos. Puso las manos en la cintura, la atrajo con fuerza hacia sí y buscó sus labios.

Las dos bocas se fundieron en un beso volcánico. Ella suspiró a los pocos momentos.

—Eres incomparablemente mejor que él —dijo.

—¿El? —preguntó Dillon, extrañado— ¿Quién es?

—Mi marido, claro. ¿Quién otro podría ser?

—Preciosa, no me dijiste que estabas casada —rezongó.

—¿Has notado alguna diferencia? —preguntó ella cínicamente.

—Bueno, no, pero, a pesar de todo, no me parece correcto que una mujer casada pase la noche fuera de su casa, con otro hombre.

—¡Je! —rió ella—. Si supieras lo que hace mi marido...

—No, gracias, no me interesa en absoluto.

—Le gustan los hombres, Doug.

—Entonces, ¿por qué no te divorcias?

—Tiene un puesto muy importante en la empresa. Se armaría una gorda si nos divorciásemos.

—Eso pasa corrientemente y nadie se asombra...

—Oh, ya lo sé; no pasaría nada por un simple divorcio, pero si se conocieran sus...

particulares aficiones. Y si le despidieran, ¿de qué iba a vivir yo?

—¿De qué vives ahora, muñeca?

—El gana mucho dinero. Me permite hacer todo lo que quiera, a

cambio de mi silencio. Oficialmente, estoy en casa de mi hermana, ¿comprendes?

—¿Y cuando no vas a casa de «tu hermana»? —preguntó Dillon con soma.

Pero no pudo conocer la respuesta, porque, en aquel momento, sonó el teléfono.

En otro memento, habría enviado al diablo a quien le llamaba tan intempestivamente, pero ahora se felicitó de que alguien viniera a interrumpir un diálogo poco agradable.

Alargó la mano y descolgó el aparato.

—Dillon — dijo.

Al otro lado de la línea sonó una voz bronca:

—Selphax. Me conoce, supongo.

El joven se puso rígido.

—Demasiado —contestó—. ¿Por qué me llama, si usted y yo no...?

—Lo siento, Dillon. Necesito de sus servicios.

—Señor Selphax, ya le dije en cierta ocasión que no debía contar para nada conmigo, jamás, en todos los días de su vida. Ahora lo repito y...

—Tiene que venir inmediatamente a mi despacho. Quiero que se encargue de la defensa de mi hija Fanny.

—¿Qué? —gritó Dillon—. ¿Ha atropellado a alguien con su coche?

—Ojalá fuese eso solamente. Entonces, no le habría llamado; tengo mis abogados y ellos habrían solucionado el problema en un santiamén.

—Escuche, señor Selphax; ignoro cuál es el lío en que se ha metido Fanny, pero esos mismos abogados que acaba de mencionar, le solucionarán el problema. Conmigo no cuente...

—Doug, tú querías casarte con Fanny hace años —dijo

Selphax, adoptando un tono muy distinto del que había empleado hasta entonces.

—Ella prefirió a otro — gruñó el joven.

—Lo sé. Su esposo me gustaba tan poco como tú, pero debo reconocer que casada contigo las cosas habrían rodado de un modo diferente.

—Mire, señor Selphax, no me venga con el cuento de la lástima Sea lo que sea, no pienso mover un solo músculo para ayudar a una inconsciente, que siempre quiso hacer su santa voluntad, pero que luego resultó que no tenía voluntad para nada y se dejaba embaucar por el primer listo que le hacía cuatro carantoñas. Así que déjeme en paz y...

—¡Por todos los diablos! — rugió Selphax—, ¿Es que no te has enterado de la noticia?

—¿Qué noticia? — preguntó Dillon, desconcertado.

—¡Fanny ha matado a su esposo!

Dillon se quedó helado. Durante unos momentos, la cabeza le dio vueltas, mientras su mente se negaba a admitir un hecho tan brutal.

No, aquello no podía ser. La dulce, pero también, a veces, inestable Fanny Britten no podía haber cometido un crimen tan espantoso. Ella no podía ser una asesina y, sin embargo, se daba claramente cuenta de que Selphax no estaba bromeando.

—¿Dónde está ella ahora? —inquirió, al cabo de unos instantes.

—En el hospital, bajo vigilancia, en la zona de mujeres presas. Sufrió un terrible

«shock» después de cometer su crimen...

—Está bien, iré a verla inmediatamente.

—Gracias, Doug. Sabía que no me dejarías en la estacada.

—No lo hago por usted —dijo el joven rencorosamente.

—Me lo imagino de sobra —respondió Selphax sin inmutarse—. Doug, el dinero no

cuenta, ¿me entiendes?

—¡Qué raro! —exclamó Dillon, sarcásticamente—. Yo creía que el dinero era lo único que contaba para usted.

Colgó el teléfono con brusquedad y saltó de la cama, desnudo. La mujer alargó una mano.

—¡Eh! ¿Adónde vas? No tengo ninguna prisa...

Dillon se volvió y la miró de mala manera.

—Encanto, cuando salgas de esta casa, olvídate para siempre. ¿Por qué no procuras que tu marido vuelva a las aficiones de un hombre normal?

Y, sin añadir una sola palabra más, se metió en el baño y abrió el grifo del agua fría. Necesitaba refrescarse para tener las ideas bien claras.

Fanny Britten, la mujer de la cual había estado enamorado años antes, había dado muerte a su esposo. Al parecer, no había dudas sobre el hecho. Iba a necesitar su ayuda, ciertamente, mientras aguantaba, estoico, el chaparrón de agua que le bajaba casi helada.

* * *

Había una mujer en el corredor, junto a la entrada del departamento de celdas del hospital. Era muy rubia, con los cabellos levemente ondulados y cortos, que parecían un brillante casco sobre su cabeza. Vestía una blusa roja, falda negra, muy corta y abierta por el costado izquierdo, medias negras de malla y zapatos con tacones de diez centímetros. De los labios, espesamente pintados de escarlata, pendía un cigarrillo humeante.

Dillon se fijó vagamente en la mujer, cuyo rostro le pareció conocido, aunque se dijo que tal vez podían ser ilusiones momentáneas. Estaba muy preocupado por el problema que se le había caído encima y dio a la rubia de lado apenas la hubo visto.

El acceso al departamento se efectuaba por una gran reja, junto a la cual había un guardia uniformado. Dillon se acercó al hombre.

—Soy el abogado de la señora Britten —manifestó—. Deseo hablar con ella...

—Ahora están los médicos. Cuando salgan, pregúnteles si ella se encuentra en condiciones de recibir visitas —contestó el guardia.

Dillon comprendió y movió la cabeza en señal de asentimiento. Llevaba el portafolios en la mano izquierda y con la derecha buscó el paquete de cigarrillos.

Una mano, de largas uñas pintadas de rojo oscuro, le puso un cigarrillo en los labios.

Asombrado, volvió la cabeza y miró a la rubia de la blusa encarnada.

—Muchas gracias, señorita...

Ella se echó a reír.

—No me ha reconocido, ¿verdad, señor Dillon?

El joven parpadeó.

—Me parece haberla visto antes en alguna parte, pero no logro centrar mis recuerdos...

—Yo era la ayudante de la secretaria personal de Selphax, la señora Marghin Muchas

veces, tenía que ocupar su puesto, porque ella no andaba bien de salud. Usted me ha visto más de una vez en el antedespacho, pero, claro, entonces tenía otro aspecto muy distinto. Me llamo Annalee Horratt, señor Dillon.

—¡Claro, ahora caigo! —exclamó él, a la vez que chasqueaba los dedos—. Yo veía siempre a una muchacha de aspecto eficiente, muy modosa y cortés... pero, ahora...

Oiga, señorita Horratt, éstas no son horas de..., de buscar «clientes» y menos en este lugar...

Annalee se echó a reír.

—No he cambiado de profesión, sino de empleo —dijo—. Bueno, la profesión es un poco distinta, pero no me desagrada del todo. Trabajo para Hulmer & Hulmer. Conoce esa agencia, supongo.

—Sí, desde luego, pero usted tenía un buen empleo, me parece.

—Lo tenía, pero lo dejé a los pocos días de su choque con Selphax.

Dillon arqueó las cejas.

—¿Cómo es eso? —preguntó.

—La señora Marghin estaba, una vez más, enferma. Selphax me ordenó hacer algo que me pareció poco ético y me negué. Entonces,

me despidió, así de sencillo, pero el señor Hulmer se enteró y me pidió que trabajase para él. Ahora tengo que hablar con una enferma, que está presa, y sonsacarle ciertos datos sobre una posible estafa. Ella sí es de la «profesión» y, claro, yo no voy a venir con el aspecto de una mujer policía seria y estirada.

Dillon sonrió.

—La verdad es que su apariencia, ahora, engaña a cualquiera... pero no le haré ningún reproche, señorita Horratt. Solamente le deseo el mayor de los éxitos en su nuevo trabajo.

—Digo lo misma Usted sí que va a necesitar suerte en el jaleo que le ha caído en suerte, señor Dillon.

—Lo sabe ya, ¿eh?

Annalee asintió.

—Es la noticia más espectacular de los últimos años en la ciudad —respondió—. Un hueso muy duro de roer, se lo aseguro.

—Estoy de acuerdo con usted —dijo Dillon.

—Pero me extraña que se haya encargado de su defensa, después de lo que le ocurrió con el viejo. Yo creí que usted ya no querría saber nada de los Selphax.

—Me lo pidió él en persona.

—Y ha accedido.

—Estoy aquí, ¿no?

Annalee le miró de hito en hito.

—Hubo un tiempo en el que estuvo enamorado de Fanny —dijo.

—Era sólo un sueño y se evaporó.

—Queda algún rescoldo. O no estaría aquí.

Dillon respiró fuertemente.

—La aprecio, a pesar de todo, y ella no tiene la culpa de que su padre sea un ave carroñera. ¿Satisface eso su curiosidad?

En el corredor que había al otro lado de la reja se oyeron pasos. Annalee señaló hacia allí con el pulgar.

—Ahora vienen los médicos —manifestó—. Dentro de unos minutos, podrá hablar con Fanny.

—Y usted con su... «colega».

—Sí —repuso la muchacha escuetamente.

CAPITULO II

Fanny estaba recostada sobre una pila de almohadones, vestida solamente con el impersonal camisón carcelario. Los cabellos negros producían un gran contraste con la palidez de su rostro, más blanco aún que las ropas de cama. Dillon apoyó el portafolios en el borde del emparrillado de los pies de la cama y la miró en silencio durante largo rato.

Ella le miraba también en silencio. Al cabo de unos momentos, dijo:

—Sí, yo le maté. Lo he confesado así y no tengo nada más que decir, Doug.

—Fanny, tu padre me ha pedido que me encargue de tu defensa. Lo habrás oído muchas veces, pero te lo voy a repetir: un abogado es como un confesor; nunca dice a otros lo que le confía su cliente. Salvo cuando es necesario hablar ante un tribunal de justicia. Admito que diste muerte a Nick, pero debe existir un motivo muy poderoso para obligarte a apretar el gatillo. Eso puede producir una notable influencia en el jurado y, si no te absuelven totalmente, al menos pueden condenarte a una pena mucho más reducida. ¿Has comprendido?

—Yo maté a Nick y no hay más que decir sobre el particular —insistió ella.

Dillon no se desanimó. Buscó una silla, dejó el portafolios en el suelo, y se sentó a horcajadas, cerca de la cabecera de la cama

—Fanny, hubo un tiempo en que yo estaba enamorado de ti. Pensaba, incluso, en pedirte matrimonio.

—Pero no lo hiciste, Doug.

—Nick se atravesó en mi camino y tú desviaste hacia él toda tu atención. Comprendí que había perdido la partida y dejé de verte.

—Quizá por eso te peleaste con mi padre.

—No —contradijo el joven—. En aquella disputa no había despecho por haber dejado de verte. Era sólo... un asunto de negocios, y lo que hada tu padre no me gustó en absoluto.

—Le pegaste.

—Un buen puñetazo en la nariz y se lo merecía. Bueno, se merecía mucho más, pero me quedé satisfecho con el puñetazo y con lo que le dije. Apostaría algo bueno a que nadie le había hablado así desde hada muchísimos años.

—Como sea, es mi padre —dijo Fanny.

—El sentimiento filial es algo muy noble, pero ahora no estamos ocupados con los problemas de tu padre, sino con el tuyo, que es mucho más grave de lo que te puedes imaginar. Has matado a un hombre y, según mis noticias, con plena deliberación. Eso no te va a favorecer mucho ante un tribunal.

—Estoy dispuesta a aceptar la condena que me impongan, Doug.

Dillon se dio cuenta de que Fanny no se sentía inclinada a hablar. Decidió dar rodeos, a fin de conseguir lo que deseaba.

—Estabas muy enamorada de Nick —dijo.

—Lo admito.

—Algo debió de suceder para que la situación se alterase críticamente.

—No te diré nada más, Doug.

—¿Era un buen esposo?

—¿Qué quieres decir?

—Seré franco. ¿Te satisfaría sexualmente?

Ella se sonrojó un poco.

—No puedo quejarme —respondió.

—Entonces, no hay decepción en ese aspecto.

—Al principio, me sentía muy apasionada. Luego...

—¿Sí? —dijo él.

—Bueno, no es que después me quedase insatisfecha, pero ya no era lo mismo que al principio. No sé cómo explicártelo, Doug; el factor psicológico tiene mucha importancia en este aspecto. Ya., recibía placer, pero me parecía que..., que lo hacía con un extraño, ¿comprendes? ¿O no me explico bien?

—Sí, te comprendo. Aceptabas sexualmente a Nick, pero ya era sólo un hombre, no tu esposo.

—Justamente.

—Y él, sin duda, tenía alguna amante...

—Eso no hubiera tenido demasiada importancia, Doug. Yo habría sabido atraerle de nuevo hacia mí... ¡Pero te he dicho antes que no quería hablar más del asunto! —

exclamó Fanny crispadamente—. Maté a Nick y me resigno de antemano a la condena que me impongan.

Dillon se dijo que en aquel crimen había unos motivos muy poderosos, de profundidad y alcance que no podía imaginarse siquiera, y decidió, puesto que había tiempo de sobra, posponer el tema para otro momento. «Acabaría por conocer las causas que habían impulsado a Fanny a apretar el gatillo de un revólver», pensó.

* * *

Cuando llegaba a la planta baja, una enfermera le dijo que alguien le aguardaba en la cafetería del hospital. Entró y vio a Annalee sentada en una mesa.

Ella le hizo un gesto con la mano. Dillon se sentó frente a la muchacha, de cuyo rostro había desaparecido buena parte del maquillaje.

—No tiene buena cara —dijo Annalee sin más preámbulos.

—No tengo motivos para sentir alegría —contestó él—. ¿Y usted?

—Conseguí lo que me habían encargado —sonrió la muchacha.

—La felicito. A mí me gustaría también decir lo mismo.

—Fanny lo tiene difícil, ¿eh?

—Admite que mató a su esposo. No hubo agresión por parte de éste, con lo que la legítima defensa queda excluida. Además, ha declarado que le esperó levantada para matarle.

—El jurado se va a cebar en ella. Es una niña rica, mal criada, mimada en demasía y con un padre cuya reputación deja bastante que desear en algunos aspectos.

—Eso no tiene por qué salir a relucir en el juicio, Annalee.

—Lo sé, pero los periódicos hablarán y los jurados se sentirán influenciados a su pesar,

aunque el juez les recomiende hacer caso omiso de ciertos comentarios. ¿No sabe por qué cometió el crimen?

Dillon miró fijamente a su interlocutora.

Annalee se puso colorada.

—Ahora no soy una investigadora de una agencia de detectives. Simplemente una mujer curiosa, pero que no repetirá a nadie lo que usted me diga... si me dice algo.

—Gracias, pero ella se niega a hablar. Lo único que admite es haber matado a Nick Britten y de ahí no puedo sacarla.

—Nick tenía amantes.

—No le importaba, hasta cierto punto, claro. Los celos no han tenido nada que ver en este asunto.

—A menos que ella trate de ocultarlo para desviar la atención por otro camino.

—¿Qué camino, Annalee? Si Fanny hubiera sorprendido a Nick con una mujer, se comprendería mejor una reacción furiosa. Pero no, lo esperó levantada, hasta una hora en que no acostumbraba a estar despierta... Tenía decidido matarle, eso es todo.

—He leído periódicos y escuchado la radio. ¿Por qué no habla con Jules Rigbert?

—¿Quién es ese tipo?

—El secretario de Nick. El llegó a la casa apenas medio minuto después de que se cometiera el crimen.

—Nunca había oído hablar de Rigbert —confesó Dillon.

—Parece ser que Nick lo había empleado cosa de hacía un año. Rigbert, calculo, había de conocer todos o, al menos, muchos de los secretos de Nick. ¿Sabe lo que ha declarado a la policía?

—No, dígamelo usted, que parece saberlo todo.

—Rigbert dice que fue otro el que mató a Nick y luego puso el revólver en manos de Fanny.

Dillon se estiló en la silla.

—Pero si ella admite...

—Rigbert tiene dos versiones del caso. Una, la que ya he mencionado. Otra es que alguien disparó al mismo tiempo que lo hacía Fanny. Ella erró el tiro, pero el otro no falló.

—Annalee, los vecinos aseguran que sólo se oyó un disparo —dijo el joven tensamente.

—Hay pistolas con silenciador, ¿no?

Sobrevino una pausa de silencio. Luego, Dillon, bruscamente, se puso en pie.

—Tengo que hablar con el oficial de policía encargado del caso. También hablaré con Rigbert. Gracias por todo, Annalee.

—Espere, no tenga tanta prisa. ¿No quiere llevarme en su coche?

—¿No tiene usted? —se asombró él.

Riendo, Annalee se señaló a sí misma con las dos manos.

—¿Con este aspecto? Tuve que tomar un taxi, era lo más prudente —explicó.

—Está bien, la llevaré..., ¿adónde, Annalee?

—A mi casa, claro. Tengo que recobrar el aspecto de secretaria seria, eficiente y modosa. Y después...

—¿Después?

—Puede que a la noche me deje caer por el Rainbow.

—¿Qué es el Rainbow? —preguntó Dillon.

—Hijo, se diría que usted vive en la Luna. Es el club de Kenny Matthish y Nick tenía importantes intereses en el negocio. Algunos creen que su participación llegaba al cincuenta por ciento.

—Está usted muy enterada de ciertos asuntos de los cuales yo no tenía

la menor idea

—manifestó el joven, sorprendido.

—Hace un par de meses, tuve que ir una noche al Rainbow, para vigilar a un marido dilapidador de los caudales de su esposa. Allí también se juega, ¿sabe? Mi jefe, Hulmer, me hizo algunos comentarios sobre Matthish y su socio, y el secretario de éste, Jules Rigbert.

—Entiendo. —Los ojos de Dillon chispearon—. ¿Me aceptaría una copa esta noche en el Rainbow?

Ella se echó a reír.

—Pensé que no iba a pedírmelo, señor Dillon.

—Me llamo Douglas, Annalee. Doug para los amigos. —Está bien. Acepto la invitación, Doug.

* * *

—No hay duda alguna —dijo el teniente Reeb, encargado del caso—. No sólo por la confesión de la señora Britten, sino por las pruebas que hemos llegado a reunir, además de la declaración de Rigbert. Ella mató a su esposo y yo lo siento muchísimo, pero es el caso más fácil que me ha tocado en toda mi carrera. Lo cual significa que va a resultar muy difícil para usted, señor Dillon.

—Lo está siendo desde el principio —respondió el abogado—. ¿Alegó ella algún motivo para su acción?

—No, no quiso decir nada. Simplemente, declaró que había dado muerte a su esposo y que se consideraba culpable. Tuvo que existir algún motivo, naturalmente, pero si ella no quiere hablar... ¿La ha visitado usted en el hospital?

—Sí, teniente. Tampoco a mí ha querido decirme nada —manifestó Dillon con aire pesimista—. Pero ¿ha oído usted la versión de Rigbert?

El policía asintió displicentemente.

—Hemos buscado, pero no hemos hallado el segundo supuesto proyectil, que debería aparecer por alguna parte. No; es una versión infantil destinada a eliminar la responsabilidad de la acusada. Lamentablemente, no se puede hacer nada en su favor... excepto...

—Excepto, ¿qué, teniente?

—Ustedes, los abogados, conocen su oficio, lo mismo que los psiquiatras.

Dillon hizo un gesto de repugnancia.

—No me gusta recurrir a un psiquiatra, a menos que yo mismo esté convencido de que mi cliente padece trastornos psíquicos. En este aspecto, considero que la señora

Britten es una mujer perfectamente normal. Con defectos, claro, pero, en cierto modo, comunes a todas las que han vivido una existencia parecida a la suya: una madre muerta tempranamente, un padre absorbido por los negocios, que le da todos los caprichos...

—Una niña mal criada, ¿no es eso lo que quiere decir?

—Exacto. Voluble, caprichosa, inconsciente a veces, pero por educación y no por deficiencias mentales. No, no recurriré al psiquiatra, pero sí le prometo hacer todos los posibles para averiguar los motivos que la impulsaron a matar a su esposo.

Dillon se puso en pie, a la vez que consultaba la hora.

—Tengo una cita —añadió—. Gracias por todo, teniente.

—Deseada que las cosas resultasen fáciles, abogado —sonrió Reeb.

—Este caso es una especie de laberinto, muy complicado. Uno entra y puede perderse, pero, si encuentra el hilo, saldrá rápidamente y sin problemas.

—Le va a costar dar con ese hilo, si es que lo consigue.

Dillon sonrió ampliamente.

—Estoy a la entrada del laberinto. Ya lo encontraré —se despidió.

CAPITULO III

El aspecto de Annalee era muy distinto y Dillon la encontró mucho más atractiva que unas horas antes. La joven se había puesto un vestido azul pálido, apenas escotado, aunque la espalda estaba al descubierto. Llevaba también una especie de manteleta blanca, pero en el brazo izquierdo, para cubrirse los hombros a una hora más avanzada, y zapatos de tacón más mesurado que los que había usado al mediodía.

—Me pregunto dónde habré tenido yo los ojos para no haberme fijado en usted hasta ahora —dijo Dillon, cuando abrió la portezuela del coche—. ¿He estado de viaje por el espacio durante diez años?

Ella se echó a reír.

—Yo entré a trabajar con Selphax un par de semanas antes de que usted lo enviara al diablo —contestó—. Por eso no nos habíamos visto apenas hasta ahora.

—Tendré que recuperar el tiempo perdido, no cabe duda.

—Cuidado, que yo también tengo mi trabajo. Y esto es muy importante para mí.

—Bien, ya idearé algún procedimiento para verla con más frecuencia...

—Doug, nos hemos conocido hoy, ¿y ya quiere conquistarme?

—¿Tiene eso algo de particular? Usted es una mujer muy hermosa y yo soy un hombre joven, no mal parecido y amante de la belleza.

—Sí, pero yo no soy de las que caen apenas les guiñan un ojo o les dicen cuatro palabritas melosas. Téngalo en cuenta para lo sucesivo, Doug.

—No hay plaza sitiada que no acabe por rendirse, Annalee.

—Yo le puedo contar casos de muchas plazas que fueron asediadas y el traidor tuvo que levantar el cerco.

—Eso significa que hay un hombre en su vida, ¿eh?

—Por ahora, no, pero, ¿y si usted no me gusta?

—En tal caso, ni siquiera intentaré el asedio. Retiro todo lo dicho hasta el memento.

—No, hombre —rió ella—. Lo que ha dicho me ha gustado muchísimo, pero eso no significa que el autor de las frases me guste también. Toda mujer se siente halagada cuando tratan de conquistarla, aunque luego rechace al pretendiente. Ahora ya sabe cómo pienso, ¿verdad?

—Al menos, no puedo quejarme de su sinceridad, Annalee. Y eso es siempre de agradecer. Pero hablemos de otra cosa. He estado con el teniente Reeb.

—¿Ha dicho algo interesante?

—Dos cosas, una de las cuales no me gusta nada —respondió Dillon.

—A ver, ¿cuál es la primera?

—Aunque no lo ha indicado claramente, ha sugerido la intervención de un psiquiatra.

—No es mala idea, Doug —dijo Annalee.

—No me gusta en absoluto. Quiero resolver el caso por métodos digamos más normales. Fanny no está loca ni es una deficiente mental. Tuvo motivos poderosos para matar a su esposo y eso es lo que yo quiero averiguar.

—Le costará mucho —vaticinó la joven.

—Acabaré por conseguirlo, Annalee —aseguró él firmemente.

—Se lo deseo de corazón. ¿Cuál es la otra cosa?

—La segunda versión de Rigbert. El teniente Reeb afirma que no hubo otro disparo.

No han encontrado una segunda bala empotrada en alguna parte, como hubiera sucedido, de ser cierta esa versión.

—Por tanto, ella es la asesina.

Dillon respiró.

—Desgraciadamente, no cabe la menor duda. Aunque... ¿por qué diablos tuvo que inventarse esa segunda versión? Annalee se encogió

de hombros.

—No tengo la menor idea, aunque sí le diré que dentro de muy poco podrá preguntárselo a él directamente.

—¿Estará en el Rainbow?

—No falla una sola noche —contestó Annalee rotundamente.

* * *

En la fachada y con luces de neón, se había formado un inmenso arco iris, fenómeno que daba origen al título del local. El interior era muy grande y discretamente decorado, en donde los camareros servían con rapidez y eficiencia y con el máximo de atenciones para el cliente.

—Esto no parece un antro —comentó Dillon, una vez acomodados en una de las mesas.

—Usted no ha estado en las salas de juego. Los barriles son gratuitos.

—¿Barriles gratuitos? —se extrañó él—. ¿Para qué?

—Hombre de Dios —dijo Annalee riendo—, ¿es que no ha visto nunca esos dibujos en los que un tipo arruinado sale del casino cubierto únicamente con un barril, porque se ha jugado hasta la ropa?

Dillon se echó a reír.

—Tiene usted un humor envidiable. De modo que en el casino del Rainbow se despluma a la gente, ¿eh?

—No he oído un solo caso de hacer saltar la banca. En cambio, sí he captado rumores de tipos que fueron despojados después de salir del local, después de haber tenido una buena racha. Juzgue usted mismo, Doug.

—Está bien enterada de las interioridades del Rainbow, Annalee.

—Hulmer me dio algunos informes sobre el particular. Yo también era una ignorante en este aspecto, como usted.

—Ahora podremos reparar esa ignorancia.

—¿Quiere decir que vamos a ir a la sala de juego?

—Por lo menos, podríamos echar un vistazo, ¿no le parece?

—No le dejarán entrar si no adquiere, por lo menos, fichas por valor de doscientos dólares. Es una especie de billete de entrada, ¿comprende?

Dillon pegó un bote en el asiento.

—¡Doscientos...!

—Cuatrocientos —dijo ella dulcemente—. Porque no iba a dejarme usted fuera,

¿verdad? Pero, además, ¿qué le preocupa, Doug? Selphax es inmensamente rico, le ha elegido como defensor de Fanny y pagará cualquier minuta que usted le presente.

El joven reflexionó. Iba a decir que aquella noche no había ido suficientemente provisto de fondos, cuando, de pronto, se les acercó el jefe de camareros.

—¿Abogado Dillon?

—Sí, yo mismo —contestó el joven, sorprendido.

—Por favor, tenga la bondad de acompañarme. El señor Matthish desea hablar con usted.

—No estoy solo —manifestó Dillon—. Me parecería incorrecto dejar sola a la señorita, máxime cuando ella es persona de toda mi confianza.

—Muy bien —accedió el hombre—. Síganme, se lo ruego.

El jefe de camareros levantó la mano y chasqueó los dedos. Un camarero acudió en el acto.

—La nota de esta mesa está saldada —dispuso majestuosamente.

—Sí, señor.

El *maitre* era un hombre reposado, pero de pomposa apariencia, y les condujo a través de un largo pasillo, hasta una escalera que conducía al primer piso del edificio.

Había allí una puerta y tocó un timbre.

Una mirilla se descorrió y alguien les examinó cautelosamente. Luego, la puerta se deslizó a un lado.

—Jeb, el señor Matthish les ha llamado —dijo el jefe de camareros.

—Está bien —contestó el hombre, a quien Dillon juzgó un guardaespaldas muy bien armado.

Había otro al lado de lo que parecía una antecámara, de pequeñas dimensiones, y éste se acercó a la pareja, con un bastón detector de metales. Satisfecho, se acercó a la segunda puerta y habló algo a través de un micrófono perfectamente disimulado en la pared.

La segunda puerta se abrió también silenciosamente y un enorme despacho quedó a la vista de los dos jóvenes. El nombre que estaba situado tras la mesa, se puso en pie, con expresión sonriente.

—Soy Matthish —se presentó—. Tengan la bondad de sentarse, por favor.

* * *

Había otro hombre en la estancia. Matthish era fornido, con un principio de obesidad, parcialmente calvo y de cejas espesas como cepillos. El segundo era alto, delgado, pero no esquelético, de pelo negro, intensamente pulido como un casco, nariz levemente aguileña y ojos penetrantes. Un mal enemigo, juzgó Dillon inmediatamente.

—Les presento a mi principal colaborador, Jules Rigbert. —Continuó Matthish—.

Jules, el abogado Dillon y...

—Annalee Horratt —dijo la muchacha precipitadamente—. También colaboradora del señor Dillon.

—Encantado, caballeros —manifestó el joven—. ¿Puede saber por qué me ha llamado, señor Matthish?

Rigbert parecía ocupado en preparar bebidas. Matthish, de nuevo sentado, apoyo los codos en la mesa y entrelazó la dedos.

—Señor Dillon, sabemos que se ha hecho usted cargo de la defensa de la señora Britten —dijo.

—Mucho corren las noticias —comentó el joven fríamente.

—No es un secreto —sonrió el otro—. He de decir, en primer lugar, que lamento enormemente la muerte de mi socio, Nick Britten, pero es eso algo que ya no se puede remediar, por lo que quienes seguimos

con vida, debemos procurar por nosotros mismos.

—Me parece muy lógico. ¿Y bien?

—El señor Rigbert sostiene la teoría de que fue otra persona la que disparó contra Britten. Yo apoyo esa teoría.

—Para mí, no es nada que importe demasiado, porque creo que se trata de una fantasía, señor Matthish.

—No diría usted lo mismo si estuviera en antecedentes de ciertos detalles que, supongo, ignora por completo.

—¿Qué detalles? —preguntó el joven, mientras aceptaba la copa que le tendía Rigbert.

—Tuvo que hacerlo alguien perteneciente al personal de Baltimore Johnny. ¿Conoce usted a ese sujeto?

—No tengo la menor idea. ¿Quién es?

—Un serio competidor mío. Hace tiempo, intentó comprarme el negocio y yo me negué rotundamente. Baltimore es el propietario del Blue Hat, un local de bastante antigüedad, y cuya clientela se vio notablemente mermada cuando yo puse en marcha el Rainbow. Tengo mejor servicio, mejores atracciones y... en fin, la gente me prefiere a mí y no a Baltimore Johnny.

—Si usted es mejor, sería tonto preferir al otro —sonrió Dillon—. Pero ¿qué tiene que ver con la muerte de Britten?

Matthish alzó una mano, como poniendo paciencia a su invitado.

—Hace algún tiempo, Britten y su esposa estuvieron en el Blue Hat. Nick quería conocer el ambiente de aquel lugar, pero, no sé qué ocurrió, en lugar de dedicarse a la tarea, tuvo un incidente con su esposa. Fanny llegó, incluso, a abofetearle en público y hasta le amenazó de muerte. Nick lo achacó a un exceso de alcohol, por parte de su mujer, y no le dio mayor importancia. Sin embargo, sucede que Baltimore ya me había hecho la propuesta de compra. Como yo me había negado, hizo veladas amenazas hacia mí y hacia Nick. ¿Lo va entendiendo ahora?

—Un poco —admitió Dillon—. Siga, por favor.

—Bien, Baltimore sabía que Fanny había amenazado a su esposo. En

consecuencia lo preparó todo para eliminar a Nick, pero haciendo que el crimen recayera en su mujer. El supone que nosotros sabríamos que Fanny no era la asesina, pero que no podríamos demostrarlo. Por tanto, cree que yo me he dejado impresionar por el asesinato de mi socio y que acabaré vendiéndole el negocio.

—Todo eso está aclarado, en teoría, por supuesto. Pero si no puede probar que fue Baltimore quien planeó el asesinato de Britten...

—Para eso le he llamado a usted. Demuestre que Fanny no es culpable y tendrá mi agradecimiento eterno, junto con una sustanciosa gratificación.

Dillon volvió los ojos hacia Rigbert.

—Usted, supongo, participa de las mismas opiniones que su jefe —dijo.

—Por completo —respondió el sujeto.

—Entonces, ¿por qué la policía no ha encontrado el segundo proyectil?

Rigbert sonrió desdeñosamente.

—Son unos incapaces —contestó—. El salón es muy grande. Hay numerosos recovecos donde una bala puede empotrarse, pero todo es cuestión de buscar pacientemente.

Ahora bien. Fanny se declaró culpable desde el primer momento y la policía ya no quiso saber más.

—Entiendo. Si es así, habrá que buscar la bala, señor Rigbert.

—Lo haría yo, pero tengo prohibida la entrada en aquella casa, después de la muerte de Britten. La casa pertenece al padre de Fanny, pero se la había cedido al matrimonio para su uso.

—Comprendo. Está sugiriendo que sea yo mismo el que busque la bala.

—La recompensa será altamente satisfactoria para usted —terció Matthish.

Dillon hizo un gesto de asentimiento.

—Caballeros, por el momento no puedo prometer nada, aunque si les

diré que soy el más interesado en procurar que Fanny salga lo mejor librada posible de este desagradable asunto. Investigaré en esa dirección y les tendré al corriente de mis averiguaciones.

—Bien, en tal caso... —Matthish hizo un movimiento con la mano y Rigbert sacó del bolsillo un cheque que tendió al joven—. Para los primeros gastos —añadió el dueño del Rainbow.

Dillon rechazó el cheque.

—Me paga el señor Selphax —dijo—. Si hago algún gasto que usted deba pagar exclusivamente, ya se lo comunicaré.

Inmediatamente se puso en pie.

—Gracias por sus informes, señor Matthish. ¿Vamos, Annalee?

Salieron de la estancia, con las mismas precauciones que al principio, y se dirigieron hacia la puerta de acceso al local. Cuando estuvieron en lugar relativamente seguro.

Dillon se volvió hacia la muchacha.

—Annalee, haga un comentario sobre la entrevista.

—Huele mal — repuso ella escuetamente.

—¿De veras lo cree así?

—Todo lo que ha dicho Matthish parece congruente, pero el instinto me dice que hay algo oscuro en sus palabras.

—El instinto femenino, supongo.

—Basta con decir instinto animal. Somos animales, creo, aunque racionales, Doug.

Dillon se echó a reír.

—En todo caso, usted es un animal de lo más bello que he visto hasta ahora.

—Gracias, pero sigo pensando lo mismo. En lo que ha dicho Matthish hay una trampa; no sé cuál, pero presiento que no es sincero.

—¿Y si fuese cierto que otro disparó contra Britten al mismo tiempo que Fanny? Un buen tirador, claro, porque ella no había manejado un

revólver en su vida.

—En tal caso, habría que buscar la bala que disparó ella. Pero quizá fue el buen tirador el que falló el tiro.

—¿Por qué lo dice, Annalee?

—¿No se ha demostrado, en la prueba de balística, que la bala encontrada en el cerebro de Britten, salió del revólver que empuñaba Fanny?

Dillon se quedó muy preocupado durante unos momentos.

—Es cierto —dijo al cabo—. Eso destruye la teoría de Rigbert, ¿no cree?

—Sí, aunque, a pesar de todo, creo que convendría buscar la segunda bala. Si hubo un segundo tirador, ¿por qué quería asesinar también a Britten?

El joven suspiró.

—Terno que habré de hacer una visita a Baltimore Johnny —dijo—. Hoy no, desde luego.

—Avíseme cuando vaya a ver a ese tipo —sonrió la muchacha—. No quiero perderme la entrevista por nada del mundo.

—Muy bien, así lo haré, descuide.

Llegaban ya al coche y Dillon se dispuso a abrir la portezuela del lado izquierdo, para que entrase Annalee. Entonces, inesperadamente, oyeron una voz a sus espaldas:

—Señor Dillon, mire hacia aquí.

El joven se volvió en el acto. Annalee hizo lo mismo y lanzó un grito de susto al ver a un desconocido que les apuntaba con un revólver de descomunal tamaño.

CAPITULO IV

Dillon se estremeció, aunque se esforzó por no perder la serenidad.

—¿Qué quiere usted, amigo?

—Voy a darle un mensaje de parte de Baltimore Johnny —contestó el sujeto—. Un tiro en una pierna, será el primer aviso. Si persiste, cuando se cure, el segundo disparo irá a la cabeza.

Dillon retrocedió un paso instintivamente. El otro amartilló el revólver, de modo que ambos pudieron escuchar perfectamente el ruidito metálico que hizo el percutor.

En el mismo instante, se oyó un sordo chasquido.

El pistolero se estremeció, a la vez que aparecía en su rostro una terrible expresión de sorpresa. Dillon, estupefacto, vio salir algo que parecían colgajos por la sien derecha.

El instinto le hizo apartarse a un lado, a la vez que tiraba a Annalee. Fue una precaución afortunada, porque apenas un segundo más tarde, el dedo del pistolero se curvó y el percutor golpeó el fulminante de un cartucho.

La bala pegó en el suelo de cemento y rebotó estrepitosamente, mientras el pistolero caía de costado. Dillon, agazapado a medias, pudo ver un pequeño orificio en la sien izquierda y entonces supo qué cosas habían salido por el otro lado de su cráneo.

El anónimo individuo que le había salvado de un grave percance se perdió en la oscuridad, antes de que ninguno de los dos jóvenes pudiera ver nada. Pero el disparo del pistolero había hecho ruido y la gente empezó a acudir, alarmada por lo ocurrido.

Dillon se puso en pie y ayudó a la muchacha a levantarse. A Annalee le temblaban las piernas y él pasó un brazo por sus hombros para darle ánimos.

—No mire —aconsejó el joven—. Pronto vendrá la policía y tendremos que declarar lo que ha pasado.

Annalee movió la cabeza afirmativamente. Un hombre llegó en aquel momento y se abrió paso entre los curiosos que se habían congregado en aquel lugar.

Rigbert encendió un fósforo y contempló al muerto un instante. Luego, incorporándose, se volvió hacia el joven.

—Era uno de los matones de Baltimore — dijo.

—En tal caso, debo deducir que ha sido uno de los guardaespaldas de Matthish quien ha disparado contra él —contestó Dillon.

—Hay problemas entre la gente de Baltimore. Andan muy divididos, ¿sabe?

Dillon fijó la vista en el aquilino rostro de su interlocutor.

¿Decía la verdad?

Recordó las frases de Annalee y lo que había dicho acerca del instinto femenino. Sin embargo, prefirió no hacer ningún comentario al respecto.

—La policía aclarará este asunto —dijo.

—Sí, seguramente — convino Rigbert.

Una sirena policial se oyó en aquel momento. Dillon suspiró. Tardaría en acostarse más de lo que había calculado.

* * *

Un silencioso y eficiente mayordomo sirvió el coñac después de la cena y se retiró discretamente, dejando a los dos hombres solos en el gran comedor de la casa.

Markton Selphax tendió al joven una cigarrera, pero Dillon rechazó el ofrecimiento. El padre de Fanny escogió un cigarro y, durante unos momentos, se aplicó por completo al agradable rito de encender el tabaco.

—No ha conseguido nada todavía —dijo, después de expulsar unas bocanadas de humo.

Hasta aquel momento, ninguno de los dos hombres había mencionado nada sobre el asunto. Dillon había manifestado sus deseos de entrevistarse con Selphax y éste le había invitado a cenar en su casa, y el joven había accedido sin dificultades.

—No se puede decir que esté a punto de conseguir la libertad de Fanny —respondió Dillon—. Es un caso más complicado de lo que

parece y, por si fuese poco, tenemos la declaración de Fanny.

—Pensé que recurriría a un psiquiatra para que declarasen trastorno mental —dijo Selphax.

—Entonces, ¿por qué no encargó el asunto a sus propios abogados?

Selphax se removió inquieto en su asiento.

—Prefiero que sea usted que se encargue de ello — repuso.

—Muy bien, pero sospecho que hay algo muy oscuro en el caso. Si sabe algo, dígamelo. Ayudará a Fanny de este modo, por si no se había dado cuenta.

—Britten era un vividor. Ya se lo advertí a ella antes de que se casara, pero no me hizo ningún caso. Aunque opino que el verdadero demonio es Rigbert.

—¿Es secretaria..?

—El mismo —Selphax se inclinó hacia adelante—. ¿Sabía usted que su verdadero nombre es Giulio Rigoberti?

—¿Italiano?

—Italoamericano. Cambió su nombre, dándole una grafía y pronunciación anglosajonas.

—Eso no es un delito en sí. Muchos lo hacen...

—Rigbert estuvo condenado hace años por disparar contra un tipo. Pasó dos años en la cárcel.

—Pagó su delito. Ahora es un ciudadano como los demás. Selphax lanzó una risa amarga.

—¡Qué poco conoce usted a las personas! Quien ha disparado una vez, puede hacerlo en otra ocasión, Dillon.

—En tal caso, aplíquese el cuento en sus negocios.

El rostro de Selphax enrojeció violentamente.

—No critique mi forma de llevar mis asuntos financiero, joven — contestó airadamente—. Estamos aquí para discutir la mejor forma de librar a Fanny de la cárcel. Eso es lo que importa, ¿comprende?

—Muy bien, pero no por ello me hará creer que Rigbert puede ser el culpable. No es un tipo que me agrade demasiado, pero no acuso a nadie sin un mínimo de pruebas.

Ahora bien, ¿por qué mató Fanny a su esposo?

Selphax contempló la brasa de su cigarro con ojos críticos.

—Era un vividor, un dilapidador de su dinero. Tenía amantes y ella perdió la cabeza...

—Una excusa muy pobre —calificó el joven—. Sin embargo, la admitiré por el memento.

—No hay otra, Dillon.

—Veremos, señor Selphax. Entretanto, quiero que me permita el acceso a la casa de Fanny.

—¿Por qué? —preguntó el anfitrión, levantando las cejas.

—Rigbert sostiene la teoría de que fue otro quien mató a Britten. Si es así, hay una segunda bala en alguna parte del salón y quiero encontrar ese proyectil.

—La balística ha demostrado que fue Fanny quien disparó...

—¿Me da el permiso o no?

Selphax sonrió.

—Debí haber sido más flexible con usted —dijo—. Y ahora me arrepiento de haber puesto obstáculos a su matrimonio con mi hija.

—Sí, y ahora yo sería un pelele, que se pasaría el día diciéndole a usted: «Sí, señor,..

No, señor... Como usted mande, señor...» No, muchas gracias. Me gusta ser independiente, pero, más todavía, la honestidad.

—No soy un ladrón...

—Claro que no. No sale a la calle con una pistola en la mano.

Selphax volvió a sonreír.

—Es joven, duro, decidido, honrado... La vida le hará cambiar, Dillon,

créame. Está bien, ahora le daré la llave de la casa, para que se mueva por ella con entera libertad.

—Gracias, señor. Por ahora, es todo lo que necesito... a menos que usted sepa algo que no quiere o no se atreve a decirme.

Selphax miró al joven sin pestañear.

—No sé nada más — contestó.

«Miente, pero no puedo obligarle a que hable», pensó Dillon.

* * *

Abrió la puerta de la casa y encendió las luces del espacioso vestíbulo. Al fondo, una escalera, que se dividía a media altura en dos ramas, conducía a las habitaciones del primer piso. El techo, así quedaba muy alto, y estaba sostenido por enormes vigas oscuras, de indudable antigüedad, pero también de perfecta conservación.

En la pared del fondo, en la que se apoyaba la escalera, se veía una enorme lucerna de cristales coloreados, que daban al lugar un cierto aspecto de catedral gótica. El ambiente poseía así un cierto encanto de vejez, aunque no totalmente pasado de moda.

Dillon pensó con melancolía en que tal vez habría podido ser él quien habitase en la casa, casado felizmente con Fanny. Las circunstancias habían sido muy otras, pero la

vida no dejaba de tener amargas ironías. Ahora estaba encargado de defender a la mujer que hubiera podido ser su esposa, pero que había acabado casándose con otro.

Sacudió la cabeza. No valía la pena especular con lo que hubiera podido ser y no se había realizado. Debía atenerse al presente; esto era lo que realmente importaba.

Tras unos momentos de indecisión, avanzó hacia el salón en el que se había desarrollado la tragedia. Abrió la puerta, encendió también las luces y paseó la vista por el interior.

Todo aparecía en perfecto orden, salvo...

Las ventanas estaban ocultas por gruesas cortinas de terciopelo verde oscuro, con orla baja dorada. Una de ellas se movía muy ligeramente.

Toda la casa estaba cerrada. No había circulación de aire y el

movimiento de la puerta al abrirse no había sido suficiente para aquella leve agitación. La cortina, por otra parte, llegaba hasta el suelo y era imposible ver los pies de la persona que, supuso, se hallaba escondida al otro lado.

Apretó los labios. Sin hacer el menor ruido, se acercó a la cortina, sacando una pluma, que empuñó con la mano izquierda, por la parte más fina, a fin de dar la sensación de que el otro extremo era el cañón de un arma. Luego, bruscamente, metió la mano derecha en el interior de la cortina, a la vez que empujaba la pluma hacia adelante.

—¡No se mueva! —ordenó—. Tengo una pistola y si hace un gesto sospechoso, apretaré el gatillo.

Al otro lado de la cortina, sonó un grito sofocado. Al mismo tiempo, Dillon tanteaba para agarrar al sujeto por el cuello, pero su mano encontró una superficie redonda, turgente, que le hizo ponerse rígido en el acto.

—¡No dispare! —dijo la mujer—. Estoy desarmada...

Dillon apretó más la mano derecha.

—¿Quién es usted? —preguntó.

Ella titubeó.

—¿Doug...?

El joven emitió un gruñido.

—Maldita sea... ¿Annalee?

—Sí. Oiga, Doug, ¿le importaría quitar la mano de..., de donde la tiene?

Dillon se echó a reír.

—Me gusta mucho, Annalee.

Ella le dio un manotazo.

—No sea obsceno — exclamó.

Apartó la cortina y salió fuera del hueco de la ventana, con el cabello alborotado y el rostro encendido.

—Es usted un sátiro lujurioso, un hombre depravado...

—Oiga, lo que he hecho es perfectamente normal —protestó Dillon—. Vamos, eso ocurre con frecuencia entre hombres y mujeres y nadie lo considera obsceno. Si ella accede, claro...

—Yo no le había dado permiso para...

—Está bien, dejemos esto —cortó el joven—. ¿Qué demonios hace usted aquí, Annalee?

Ella le miró casi provocativamente.

—Lo mismo que usted: tratar de comprobar la historia de Rigbert —respondió.

CAPITULO V

Durante

unos

instantes,

permanecieron

callados,

contemplándose

recíprocamente. Luego, Dillon se echó a reír.

—Le he dado un buen susto, ¿eh?

—Sí, bastante. ¿También usted cree que hubo un segundo disparo?

—Rigbert insiste en su historia. ¿Por qué no comprobarlo, como acaba de decir?

—¿Y si fuese verdad?

—Entonces, sería cosa de buscar a la persona que disparó prácticamente en el mismo instante en lo que hacía Fanny.

—Y encontraríamos al asesino, Doug.

Dillon hizo una mueca.

—La cosa no será tan fácil. Aunque lo encontrásemos, ¿cómo probar que fue él quien realmente mató a Britten?

—Si encuentra el segundo proyectil, algo habrá adelantado, ¿no le parece?

—Muy cierto —convino él—. Oiga, ¿cómo ha entrado en la casa, si no tenía llave?

Annalee le dirigió una sonrisa maliciosa.

—La casa es de tipo antiguo, con carbonera en la parte posterior. No está cerrada con llave. Me refiero a la escotilla que hay casi a ras de suelo, naturalmente —

explicó.

—Es usted una chica ingeniosa. A ver si encuentra también una buena idea para dar con el paradero de la bala fantasma

—Muy bien, aceptaré el reto. Doug, lo primero que hay que hacer es situarse en el lugar del crimen, procurando reproducir las posiciones de los protagonistas.

—Estoy de acuerdo. ¿Y...?

Annalee se acercó a un sillón de orejeras y apoyó la mano en el borde del respaldo.

—Fanny as taba aquí, aguardando a su esposo. Cuando llegó, se levantó, le encañonó con el arma y disparó sin más. En todo caso, hubo un breve intercambio de palabras, pero la cosa no duró más de veinte segundos. En seguida sonó el disparo fatal.

—Perfecto hasta ahora. Continúe —invitó Dillon, con la sonrisa en los labios.

Ella señaló con la mano un punto en el suelo.

—Britten cayó ahí —dijo—. Aunque las han borrado, todavía se ven las marcas de la silueta que la policía trazó con tiza.

—En tal caso, Britten estaba a unos cinco a seis metros de su mujer.

—Exactamente. Y, ¿qué ve usted detrás de Britten? Bueno, detrás del lugar que ocupaba cuando estaba en pie.

—Una estantería repleta de libros, Annalee. Este es un salón para estar, con una buena biblioteca...

Annalee cruzó la estancia y puso una mano sobre la hilera de libros.

—Britten medía alrededor de metro ochenta —manifestó—. Si ella apuntó a la cabeza y erró el tiro, la bala tendría que estar aquí, en alguno de estos libros, pero no se ve el menor rastro de un impacto. Por tanto, creo que la hipótesis de Rigbert

es una cortina de humo, destinada a encubrir Dios sabe qué y sin que sepamos tampoco con qué objeto.

Dillon aparecía pensativo, acariciándose el mentón con la mano.

—Hay algo que no acaba de encajar —dijo—. La distancia entre los dos esposos era de cinco o seis metros. Fanny no había manejado jamás en su vida un arma de fuego. Fue un tiro certero: la bala le dio en mitad de la frente, a menos de dos centímetros del entrecejo. Para conseguir un blanco tan perfecto, Fanny tendría que haber disparado apoyando la boca del cañón en el lugar donde aparece el impacto fatal.

—Entonces, usted cree que ella debería haber apuntado al cuerpo.

—Annalee, ¿se sentina usted capaz de acertar a la frente de una persona a cinco metros de distancia?

—No lo sé, no he hecho la prueba nunca y Dios quiera que no tenga que verme en semejantes circunstancias. Pero si lo que quiere saber es si yo sé manejar las armas de fuego, le diré que sí; he hecho algunos entrenamientos con revólver, aunque debo admitir que más bien se trataba de habituarme al ruido y a la sacudida del arma. —Annalee sonrió deliciosamente—, Mi puntería, debo admitirlo, es pésima.

—Lo celebro infinito —dijo Dillon con jovial acento—. Bien, siguiendo con nuestras especulaciones, creo que Fanny debió de haber apuntado al cuerpo. El impacto era así más seguro y su esposo habría caído derribado. Entonces, ella, si verdaderamente tenía intención de matarlo, se le habría acercado para darle el tiro de gracia, ya en el suelo y con el revólver a un palmo de la frente.

—Se necesitaría mucha sangre fría para hacer una cosa semejante...

—O estar poseída por una furia infinita.

—Entonces, se trataría ya de trastorno mental transitorio y usted no quiere recurrir a los psiquiatras.

—No me ponga en apuros, Annalee. Ella lo hizo plenamente consciente de que quería matar a su esposo. Lo único que tenemos que encontrar son los motivos del crimen, para poder articular una defensa medianamente aceptable durante el juicio. No conseguiría una absolución, pero sí una sentencia relativamente benigna.

—Bien, pero, por el momento, estamos aquí para encontrar la segunda bala Suponiendo que eso sea cierto, el asesino tuvo que disparar desde el exterior, situado al pie de la ventana que hay a poco menos de dos metros del sillón en que se hallaba Fanny aguardando a su esposo.

Annalee volvió la cabeza en aquella dirección y en el acto se quedó rígida, helada de horror, convertida en una estatua incapaz de realizar el menor movimiento.

Extrañado, Dillon miró hacia la ventana y, en el mismo instante, vio una mano enguantada que apartaba una de las cortinas. Otra mano surgió instantes después, empuñando una pistola provista de silenciador.

El joven reaccionó velozmente y cargó contra Annalee, derribándola al suelo, justo en el momento en que salía el primer proyectil. El disparo no hizo ruido apenas, por lo que Dillon pudo oír perfectamente el impacto de la bala hundirse en la pared opuesta.

El desconocido pareció desconcertarse al fallar su tiro y movió la mano como si tratase de conseguir una mejor puntería. Dillon volteó sobre sí mismo un par de veces y consiguió agazaparse tras el sillón, que empujó inmediatamente hacia la ventana.

Sonó otro disparo apagado. Dillon captó el ruido de la bala al hundirse en el respaldo del sillón. El mueble seguía moviéndose y acabó por chocar contra el hueco de la ventana.

Afuera sonó un gruñido de dolor. Dillon supo así que el sillón había golpeado una de las manos del asesino. Luego oyó pasos que se alejaban precipitadamente y se puso en pie de un salto.

Con precaución, apartó las cortinas y se situó a un lado de la ventana. Un hombre corría por el jardín que rodeaba la casa, alcanzó la salida, subió a un coche y arrancó a toda velocidad.

El joven se dijo que sería inútil intentar la persecución. Decepcionado,

pero también satisfecho por haber salido sin daños del trance, se volvió hacia la muchacha.

Annalee estaba sentada en el suelo, frotándose el hombro izquierdo con la mano derecha.

—Me ha dado un buen empujón —se quejó—. Por casualidad, ¿ha jugado al

«rugby» en la Universidad?

—Tres temporadas, dos campeonatos universitarios —sonrió él—. Lo siento, Annalee; pero no había otra forma...

—No lo lamente, me ha salvado la vida.

Dillon la miró fijamente,

—Está equivocada; es a mí a quien querían eliminar —dijo.

* * *

Fanny, recuperada, había sido trasladada a la prisión de mujeres. Dillon se entrevistó con ella al día siguiente, en la sala de visitas. Situados a ambos lados de una mesa, la contempló durante unos momentos, antes de empezar a hablar.

Ella vestía el impersonal uniforme gris carcelario y tenía el pelo recogido en un gran moño detrás de la nuca. El rostro estaba limpio de maquillaje y los labios aparecían descoloridos. Había señales de demacración en su cara, aunque menos de lo que cabía esperar, dadas las circunstancias.

Fanny sonrió al fin.

—Nunca te habrías imaginado verme en esta situación, ¿verdad?

—Debo admitir que es algo que no me habría pasado jamás por la cabeza —

respondió él—. Pero lo que hubiéramos podido pensar antes no vale ahora. Es la situación actual la que interesa, Fanny.

—Sí, lo sé, Doug. Maté a Nick. ¿Qué más puedo decir?

Incómodo, Dillon hizo una mueca de disgusto.

—Fanny, tú nunca habías tenido un revólver —dijo.

—Lo compré para la ocasión — declaró ella.

—Con la munición correspondiente, claro.

—Una caja de cartuchos.

—¿Disparaste antes alguna vez para entrenarte?

—No, nunca lo había usado hasta aquella noche...

—Entonces, era el primer disparo que hadas en tu vida.

—Sí, Doug.

—Nick estaba a unos seis pasos de distancia, ¿cómo pudiste acertarle al centro de la frente?

—Apunté... y disparé, eso es todo.

—¿Estás segura?

Fanny pareció sobresaltarse.

—¿Qué quieres decir, Doug?

—Hay quien sostiene la teoría de que fue otro el asesino de Nick. Es decir, una persona desconocida disparó contra tu esposo al mismo tiempo que lo hadas tú.

—Yo no oí otro disparo...

—El asesino pudo utilizar silenciador. Por otra parte, tú estabas terriblemente excitada; una persona siempre lo está, aunque no lo demuestre externamente, cuando se dispone a matar a un semejante. En tal caso, si no había silenciador y los dos disparos se produjeron simultáneamente, tú no pudiste escuchar más que una detonación.

—Doug, yo apunté a Nick, apreté el gatillo y lo maté.

—¿Con el primer disparo de tu vida, a seis pasos, un revólver calibre veintidós y acertaste en mitad de la frente?

—Era eso lo que quería —dijo ella, impasible.

De pronto, Dillon se echó hacia adelante.

—Fanny, dime, ¿a quién ocultas? —preguntó de sopetón.

En el rostro de la joven, levemente coloreado, apareció de repente una intensa palidez.

—Tenía que matarlo...

—No lo dudo, pero no lo conseguiste y alguien, que estaba enterado de tus propósitos, mató a Nick y, como suele decirse, te cargó con el muerto.

—¿He negado mi crimen en algún momento, Doug?

Dillon emitió un juramente entre dientes. Aquella obstinada actitud de Fanny no favorecía sus planes en absoluto.

Mentalmente, veía el desarrollo del juicio y no se hacía demasiadas ilusiones sobre su desenlace. Una joven, hermosa, rica, caprichosa, había cometido un asesinato. Los jurados se cebarían en ella, admitió con amargura.

Era inútil continuar una conversación que le parecía celebrada con un intraspasable muro de cemento. Decepcionado, se puso en pie.

—Si sientes deseos de hablar, avísame y acudiré inmediatamente, a cualquier hora que me llames —dijo—. Pero no olvides una cosa muy importante, Fanny: si realmente ocultas a alguien, si tratas de proteger a otra persona con tu silencio, estás terriblemente equivocada. Puede que ahora te parezca una actitud digna de todo elogio, quizá te sientas una heroína... pero cuando pasen los años, cuando te

veas envejecer dentro de los cuatro muros de un presidio, lamentaras haber callado y comprenderás que nadie, absolutamente nadie, merece un sufrimiento semejante.

Los labios de la joven temblaron, pero mantuvo su actitud silenciosa.

Dillon alzó un dedo.

—Y si es un hombre, merece todo el desprecio del mundo, por no dar la cara y salir a pecho descubierto a compartir contigo la responsabilidad de ese crimen —

concluyó su filípica.

CAPITULO VI

Estaba sentado en la barra y una hermosa camarera le puso delante una copa. Dillon la miró críticamente y sonrió.

—Envidia a su esposo —dijo.

—No estoy casada — respondió ella.

—Entonces, a su novio.

—Tampoco tengo novio.

Era joven, bonita y tenía una figura sumamente atractiva. El pecho resultaba algo voluminoso, pero ello no le restaba encanto. El cabello era dorado, largo, suelto sobre los hombros desnudos y los senos se hallaban cubiertos solamente por unos parches circulares de unos seis o siete centímetros de diámetro.

—Pero tengo pretendientes a manadas — rió ella.

—Es lógico, Kitty — convino Dillon.

—Me llamo Iris.

—Yo, Doug. Encantado, Iris. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro, Doug.

—¿Cómo se consigue una entrevista con el dueño?

Ella respingó un instante, pero luego señaló un punto con la barbilla.

—Hágale la pregunta a Jimmy Clayden; es el hombre de confianza del jefe.

Dillon volvió la cabeza y divisó a un hombre de unos cuarenta años, estatura mediana y un tanto calvo, que estaba hablando con el *maître* del local.

—Entiendo —dijo—. Se lo preguntaré ahora. Y, ¿cómo se consigue una entrevista contigo?

Iris soltó una risita.

—Quizá luego te dé la respuesta, Doug.

Dillon dejó un billete sobre la barra, se apeó del taburete y caminó hacia Clayden, que ya se separaba del jefe de camareros. Clayden le

miró inquietamente al ver que le cerraba el paso.

—¿Si?

—Me llamo Dillon. Desearía hablar con..., con el dueño del Blue Hat. He oído su nombre, pero no me parece sino un apodo...

—Todo el mundo le llama así —contestó Clayden secamente—. Espere; le daré la respuesta dentro de unos momentos.

—Muchas gracias.

Clayden se alejó y el joven volvió a la barra. A los pocos momentos, un tipo de facciones pétreas se acercó al mostrador.

—Sígame, señor Dillon.

—Sí, muchas gracias.

Momentos después, Dillon entraba en un sobrio despacho. En uno de los rincones, había una barra, junto a la cual se hallaba un hombre que pasaba muy poco del metro y medio de estatura. Clayden estaba sentado en un butacón, con los codos apoyados en los brazos y los dedos entrelazados, mirándole fijamente.

—Soy Baltimore Johnny —dijo el hombre pequeño—. ¿Qué quiere de mí, señor Dillon?

—Me han encargado la defensa de la señora Britten...

—Lo sé. —Baltimore se volvió, con un vaso en la mano—. No tengo nada que ver con ese crimen —aseguró—. Si ha venido en busca de información, pierde el tiempo.

—Matthish le acusa...

—Matthish tiene el desagradable vicio de acusar a todo el mundo, cuando sufre un contratiempo. Hace poco, un buen amigo mío estuvo en su casino, jugó y ganó veinte mil dólares. Al salir, le arrearón un buen porrazo y le despojaron de las ganancias, enviándole para dos semanas al hospital. En esos momentos, yo atravesaba ciertas dificultades y Matthish quiso cargarme con las culpas.

—El dice que usted quiere comprarle...

—¡Falso de todo punto! Su maldito local me interesa menos que la colilla de un cigarro.

—Está bien. Pero yo quiero saber...

—Repito que no tengo que darle ninguna información, además de que no existe la menor relación entre mi persona y la muerte de un bastardo como Nick Britten. Por cierto, le diré que aquí descorchamos una botella de champaña cuando nos enteramos de que su esposa le había dado pasaporte para el otro mundo.

—De acuerdo. Sin embargo, yo quisiera...

—Si hay alguien que quiere comprar un local, es Matthish y pretende el mío...

—¡Oiga! —se irritó Dillon—. ¿Es que no me va a dejar completar una frase? ¿Tiene la manía de interrumpir a la gente, sin permitir que expresen sus deseos?

Baltimore se desconcertó. Dillon se aprovechó de la sorpresa del tipo y continuó hablando:

—Hace dos noches, un tipo dijo que iba a matarme. Antes de que cumpliera su palabra, otro le saltó la tapa de los sesos. Luego, Jules Rigbert, a quien supongo conoce, dijo que era obra de usted. ¿Qué me contesta sobre el particular?

Baltimore vació su vaso de un trago. Luego fue a su mesa y, en pie tras ella, apoyó las manos en la pulida, superficie.

—Rigbert es otro cerdo, como Britten —dijo—. El muerto se llamaba Phil Kaszna y era un matón de tres al cuarto, que se alquilaba por cincuenta «pavos» para asustar a la gente, un desgraciado con el que yo no había tenido el menor trato en mi vida ni pensaba tenerlo jamás, a pesar de que se me ofreció en más de una ocasión. Si Rigbert le dijo algo sobre mí, mintió desvergonzadamente, ¿lo entiende?

—Entonces, ¿quién mató a Kaszna?

Baltimore se encogió de hombros.

—Pregúnteselo a Rigbert —contestó—. Otra cosa: no tengo nada que ver con la muerte de Britten, aunque sí admitiré que celebro infinito que esté en el infierno. Pero si hay un culpable, es Matthish, ¿me ha oído?

—¿Quiere decir que fue Matthish quien ordenó el asesinato de su propio socio?

—Hombre, no; eso lo hizo su mujer. Perdón, pero estoy un poco excitado. No quise decir culpable, sino beneficiario de la muerte de Britten.

—Es una ligera diferencia, ¿no? —dijo el joven sonriendo—. Gracias por haber accedido a recibirme, señor...

—Baltimore, a secas. Y no vuelva por aquí, si no es como cliente.

—Lo tendré en cuenta. Adiós.

Dillon se encaminó hacia la puerta. Llegó poco después a su coche y se encontró con la sorpresa de ver que el asiento contiguo al suyo estaba ocupado.

Iris le dirigió una incitante sonrisa.

—He acabado mi turno —dijo—. ¿Te indico el camino a mi apartamento?

Dillon sonrió, a la vez que accionaba el contacto.

—Encantado, Iris —accedió.

* * *

Iris se levantó, envolvió su cuerpo en una bata que ocultaba muy poco y dirigió una larga mirada al hombre que yacía en el lecho, cubierto por la sábanas hasta la cintura.

—¿Te sirvo una copa, Doug?

—Ya que te empeñas...

Iris soltó una risita y abandonó el dormitorio. Volvió unos minutos después con dos copas y se sentó en el borde de la cama

—No has perdido mucho tiempo, ¿eh? —dijo maliciosa.

—Encanto, en el amor, a veces, no conviene un prólogo demasiado largo.

—Muy cierto —convino ella—. Pero... casi me has atropellado...

—¿No estabas dispuesta a dejarte atropellar?

Iris volvió a reír. Tomó un sorbo y luego fijó la vista en el joven.

—He oído parte de la conversación — dijo.

Dillon arqueó las cejas.

—¿Cómo es posible? ¿Tienes el vicio de pegar la oreja a las cerraduras?

—No. El mamparo que hay tras el mostrador, da al despacho de Baltimore. Tiene una mirilla secreta y casi siempre está abierta. No es más que una ranura de unos dos centímetros de ancho por diez de largo. Hoy había poco trabajo y me apoyé en el mamparo con aire negligente.

—Entiendo —dijo Dillon—. En tal caso, ya sabes quién soy yo y cómo respira tu jefe.

¿Qué opinas sobre el particular?

-Baltimore ha mentido a medias.

—¿Quieres decir que sí trató con Kaszna...?

—Kaszna estuvo en el Blue Hat hace tres noches. Entonces no pude oír lo que hablaban, pero sí sé que Kaszna salió con «pasta» en los bolsillos. Se hizo servir una botella de champaña y luego pagó a una chica para que le hiciese compañía el resto de la noche. Ordinariamente, andaba con los bolsillos vueltos del revés y, a veces, quería que yo le fiase un trago.

—Entonces, si fue Baltimore quien le ordenó me quitase de en medio...

Iris se encogió de hombros.

—No puedo asegurarlo, pero lo que te he dicho es cierto. Calculo que Kaszna recibió lo menos quinientos dólares.

—Para ser un matón de tres al cuarto, es una suma de importancia — comentó Dillon—

. ¿Qué más puedes contarme?

—Yo diría... Bien, no estoy segura, pero... apostarí algo bueno a que Britten empezaba a inclinarse a favor de Baltimore.

El joven respingó.

—¿Quieres decir...?

—Había venido al local en varias ocasiones y yo había llegado a conocerle bien. Trató de conquistarme en más de una ocasión, ¿sabes?

—¿Consiguió algo?

Iris se echó a reír.

—No todos los hombres me gustan a primera vista —respondió.

—Entonces, debo sentirme orgulloso —sonrió Dillon—, ¿Qué más?

—Ultimamente, vino en dos ocasiones, muy seguidas, y con un talante distinto. Otras veces venía con aire dominador, despectivo, como si quisiera comerse el mundo y consi-derase a Baltimore un ser inferior. En las últimas ocasiones, vino disfrazado: gafas de color y gran bigote. Pero yo le reconocí por el anillo con sello que llevaba en la mano izquierda.

—Interesante. ¿Qué más pasó?

—No te lo puedo decir. En esas dos ocasiones, me tocó servir a las mesas. Pero sí vi que Baltimore y Britten se despedían como buenos amigos. Ahora, tú podrás sacar las consecuencias pertinentes, me parece.

Dillon asintió.

—Lo tendré en cuenta —repuso, meditabundo—. Iris, si Britten hubiese traicionado a Matthish, ¿qué crees tú que habría podido suceder?

—No lo sé. Lo que sí puedo decirte es que, en la última ocasión, Britten estuvo hablando después con un tipo de aspecto más bien estrambótico. Una compañera mía se fue con él más tarde y, al día siguiente, me dijo que ese tipo le había arreglado el televisor averiado, sin más que unas tijeras, unas pinzas de depilar las cejas y unos trocitos de cable conductor. Por lo visto, es un artista de la electrónica o algo por el estilo...

El joven meditó unos instantes. Luego alzó la cabeza.

—Iris, entérate del nombre de ese tipo. Con discreción, por supuesto.

—Sí. Diré a mi compañera que tengo también averiado mi televisor...

—Y me avisas apenas sepas el nombre y la dirección. Te dejaré una tarjeta,

¿comprendes?

—De acuerdo.

—También tendrás una sustanciosa gratificación...

Iris sonrió, a la vez que le quitaba el vaso y dejaba los dos sobre la mesilla de noche.

—Empieza a gratificarme ya — pidió.

—Con mucho gusto —accedió Dillon, mientras le despojaba de la bata.

CAPITULO VII

Dillon se detuvo un momento delante de la puerta del local y contempló el rótulo con aire especulativo. Al cabo de unos momentos, se decidió y pasó al interior.

Había un par de clientes, atendidos por dos dependientes. Dillon se dispuso a esperar, pero, en aquel momento, salió otro hombre del interior y se le dirigió con toda cortesía.

—¿En qué puedo servirle, caballero?

—Me llamo Dillon y soy abogado. Aunque sé que la policía lo ha confirmado ya, desearía saber ciertos detalles acerca del arma que compró mi cliente aquí hace algún tiempo.

El hombre arqueó las cejas.

—Sin duda se refiere usted a la señora Britten —dijo.

—Exactamente.

—Bien, si me permite unos momentos... Mi nombre es Sharer y soy el propietario de la tienda. Un minuto, por favor.

Sharer se alejó para volver a los pocos momentos con un libro en las manos.

—Aquí está —dijo, una vez hubo abierto por una página determinada—. Revólver marca Smith & Wesson, calibre veintidós, número de serie E-5-44781. Vendido a Fanny Britten, con una caja de cartuchos de veinticinco unidades, el día...

—Es suficiente —cortó el joven, quien poseía la numeración del arma del crimen—. Lo compró ella en persona, supongo.

—Sí, señor. Yo no podía negarme a la venta. Ella es mayor de edad y no había motivos para sospechar lo que pasaría después. Mi negocio es legítimo, señor Dillon. Muchas mujeres compran armas para su defensa personal; los tiempos que corren, ya sabe, no son muy seguros. Y, a fin de cuentas, todo el mundo tiene derecho a defenderse.

—Nada más justo —convino Dillon—. Por favor, ¿quiere decirme si se acuerda de la señora Britten?

—No demasiado... Mi armería es muy acreditada y tenemos una clientela muy numerosa. Viene mucha gente a diario, aunque luego, al ver las fotografías en los diarios, la he recordado... Desde luego, yo la atendí y...

—¿Le pareció nerviosa en aquel momento? Inquieta, excitada... No sé cómo explicarme...

—Pues... no recuerdo muy bien, pero no me pareció que diese muestras de inquietud.

Para mí, se hallaba en un estado perfectamente normal, dueña de sí misma, muy amable y cortés...

—Es suficiente, muchas gracias. —Dillon iba a retirarse ya, cuando, de pronto, pensó que se había olvidado un detalle—, Dígame, señor Sharer, ¿sabe si alguna otra persona compró un arma del mismo calibre por aquellas fechas?

Sharer sonrió.

—En los últimos meses, he vendido dos docenas de revólveres de la misma marca y de idéntico calibre —respondió.

Dillon hizo un gesto de desaliento.

—Yo creí que la gente preferiría calibres más grandes —dijo.

—Un «22» es más cómodo de llevar y se puede guardar en cualquier parte. La mayoría de los compradores han sido mujeres, desde luego, pero no han faltado algunos

hambres... ¿Quiere repasar usted mismo el libro? Confío en que no

hará luego mal uso de esta información...

—Puede estar seguro de que todo lo que averigüe será confidencial —dijo el joven.

Pero, pasados unos minutos, hubo de admitir que no encontraba ningún nombre sospechoso entre los de todas las personas que habían adquirido un revólver idéntico al que Fanny había empleado para matar a su marido. Ocultando su decepción tras una sonrisa de cortesía, se despidió del dueño de la armería y salió a la calle.

Cuando regresaba a su casa, vio a Annalee que desembarcaba de su coche. La muchacha agitó una mano para llamar su atención y él correspondió con un ademán semejante.

Ella se le acercó corriendo.

—Tengo algo interesante que decirle —exclamó, con el rostro encendido y el pecho alterado por una rápida respiración.

Dillon la contempló unos instantes. Annalee estaba encantadora, con un sencillo vestido de color rosa, sombrero, guantes y zapatos de tacón alto.

—Preciosa, realmente preciosa —dijo—. Parece un hada que se hubiera querido ataviar a la moda actual.

Annalee enrojeció vivamente.

—No diga cosas que no son ciertas. Yo soy una mujer de carne y hueso, Doug.

—A mí me parece un sueño, pero, puesto que dice tiene que comunicarme algo importante, ¿por qué no lo hace delante de una taza de café en mi apartamento?

—De acuerdo —aceptó ella en el acto.

—¿No tiene miedo de entrar en la casa de un soltero joven y, creo, no mal parecido? —

preguntó él, mientras cruzaban la acera.

—Sabría defender mi virtud, en caso necesario —contestó Annalee maliciosamente.

—Pero puedo añadirle que jamás se me ocurriría propasarme con un

hada —rió Dillon, en el momento de cruzar el umbral del edificio.

* * *

—Y bien —dijo el joven—, ¿qué era esa cosa tan importante que usted tenía que comunicarme, Annalee?

Ella le miró por encima de la taza de café que Dillon le habla servido hacía unos instantes.

—Britten traicionaba a su socio.

—¿Se refiere a Matthish?

—Sí. Quería comprar el Rainbow, quedándose él con todo el negocio. Oficialmente, era Baltimore Johnny quien realizaría la compra, pero él sería el propietario real.

—Es decir, quería dar de lado a Matthish.

—Exacto.

—Annalee, la información que usted me ha proporcionado puede resultar interesante, pero no tiene demasiada importancia. Lo que tratamos de averiguar es el motivo que Fanny tuvo para disparar contra su esposo.

—Ese pudo ser un motivo, ¿no?

—¿Por qué? Ella no tenía parte en el negocio...

—¿De dónde iba sacar Britten el dinero?

—¿Cree que se lo hubiera proporcionado Fanny?

—Posiblemente, pidiéndoselo prestado a su padre...

—Annalee, Selphax no habría prestado a su yerno ni para comprar un paquete de cigarrillos. Ya hizo bastante con dejarles la casa, pero no se la cedió a su hija; siguió conservando los títulos de propiedad. Ciertamente, pasaba a Fanny una cantidad mensual, para gastos, pero era una suma realmente ínfima comparada con lo que le daba antes.

—El señor Selphax no se fiaba de su yerno, ¿eh?

—Tanto como de una serpiente de cascabel en uno de los cajones de su mesa de despacho —sonrió el joven—. Britten era un trapisondista,

muy guapo, atractivo, con mucha labia... pero abrigo la sospecha de que, si no lo hubiera hecho Fanny, otro le habría volado los sesos algún día.

Annalee puso cara de lástima

—Lo siento. Creí que podría resultar interesante...

—Y lo es, y yo se lo agradezco infinito. No hay detalle, por mínimo que sea, que no tenga su importancia con el tiempo. Pero, recuerde, lo que realmente interesa es conocer el motivo.

—Sí, lo tendré en cuenta. Doug, dígame, ¿ha averiguado usted algo?

—Pues... lo que he conseguido no tiene nada de agradable. Efectivamente Fanny compró el arma homicida. El vendedor tiene anotada la operación y, además, la recuerda a ella bastante bien.

—Es decir, debemos descartar la teoría del segundo proyectil.

Dillon hizo un gesto con la cabeza.

—Creo que eso es algo que sólo ha existido en la imaginación del señor Rigbert —

contestó.

—Tal vez lo hizo como un acto de galantería hacia la esposa de su difunto jefe. Bueno, para la viuda... Es decir, hada un poco de autopropaganda...

—Posiblemente — respondió el joven.

En aquel instante, sonó el teléfono. Dillon alargó la mano y levantó el auricular.

—¿Sí?

—¿Doug? Soy Iris. Escucha, ya tengo el dato que te interesa...

—Aguarda un momento, muñeca, por favor.

Dillon sacó una agenda y un lápiz.

—Ya puedes hablar, Iris.

—Ahí va: Toby Kyle, Teeler, dos mil ochocientos uno.

—Teeler es el nombre de la calle, supongo.

—Avenida, exactamente, pero eso no importa demasiado.

—Desde luego. Gracias, bonita.

—A ver cuándo vuelves a tomar una copa conmigo —pidió Iris ansiosamente.

—En cuanto me sea posible, descuida.

Dillon colgó el teléfono y se volvió hacia la muchacha, dándose cuenta entonces de que ella le miraba de una forma extraña.

—¿Quién es esa «muñeca» y «bonita»? —preguntó Annalee irónicamente.

—La conocí anoche en el Blue Hat. Estuvimos tomando unas copas y me contó algunas

cosas.

—¿A solas?

—No tuvo que defender su virtud, si es eso lo que le interesa —dijo el joven burlonamente.

—Entonces, no pasó nada...

—¿Se enojaría conmigo si la respuesta hubiera sido afirmativa?

—Oh, no, no, en absoluto. Usted es un hombre joven, pletórico de vida, libre... Pero

¿qué le ha contado la «muñeca»? Es decir, si se puede saber.

—Se puede —dijo Dillon—. Pocos días antes de su muerte, Britten estuvo hablando con un tipo que posee ciertas habilidades y al cual quiero interrogar, hoy mismo, si es posible. Incidentalmente, le diré que Baltimore y Britten parecen grandes amigos, lo cual da pie para comprobar lo que usted me ha contado antes.

—Sí, Britten traicionaba a su socio, ya no cabe duda —convino la muchacha. Tomó su bolso y se puso en pie—. ¿Vamos a ver al amigo de Britten? —propuso.

—Annalee, ¿qué interés tiene usted en este asunto?

Ella le dirigió una suave sonrisa.

—Mi jefe me ha concedido un par de semanas de vacaciones. He hecho algunos trabajos a su satisfacción y me ha dado esa recompensa. La verdad, no sé estar quieta y, además, el tiempo no invita precisamente a ir a una playa.

—Hay playas tropicales, Annalee.

—Están muy lejos y el viaje es demasiado costoso para mi economía. Prefiero esperar al verano, Doug.

—Entonces, debo considerarla como mi colaboradora...

—Digamos más bien una especie de ayudante emérito —rió ella.

Dillon alzó un dedo.

—Conforme, pero si tiene que hacer algún gasto, di gameto, para abonárselo inmediatamente. Paga Selphax, recuérdelo.

—Lo tendré en cuenta —prometió ella.

Salieron de la casa y subieron al coche de Dillon. El la traería luego de vuelta, para que Annalee recobrase su automóvil. Inmediatamente, se dirigieron en busca del hombre recomendado por Iris.

La avenida Teeler estaba situada casi en las afueras y era un lugar encantador, bordeado de árboles y con numerosos espacios ajardinados, pertenecientes a las casas de sus habitantes, gente relativamente acomodada, aunque en un «estatus» no excesivamente alto, juzgó Dillon ante la perspectiva que se ofrecía a sus ojos.

Se preguntó en qué trabajaría aquel genio de la electrónica. «Pronto lo sabrían», pensó.

Poco después, avistaron el número indicado por Iris. Dillon redujo aún más la velocidad de su coche y se dispuso a detenerse junto a la acera.

Un hombre desembarcaba de otro coche, situado frente a la casa de Kyle, llevando en la mano una gran bolsa de papel, en la que seguramente llevaba la compra hecha en algún supermercado próximo.

—¿Será ése? — preguntó Annalee.

Dillon no tuvo tiempo de contestar. Súbitamente, un hombre armado

surgió al otro lado de un automóvil cercano y, acercándose al hombre de la bolsa, le disparó un tiro a la

cabeza, desde menos de un metro de distancia.

El sujeto cayó fulminado y el contenido de la bolsa se desparramó sobre la acera. Dillon y Annalee se quedaron estupefactos, paralizados más por el asombro de algo sucedido de forma tan inesperada que por el horror del hecho en sí.

De pronto, el asesino pareció reparar en ellos y apuntó al coche con el revólver. Dillon lanzó un grito:

—¡Agáchate!

Annalee había visto también el gesto y se inclinó precipitadamente. Una fracción de segundo después, oyeron el estampido y el ruido de la bala al perforar el parabrisas del coche.

Luego percibieron el rugido del motor de un automóvil que arrancaba a toda velocidad.

Dillon se incorporó lentamente y contempló al vehículo que ya se perdía por una calle transversal, virando prácticamente sobre dos ruedas.

Luego miró a la muchacha. Annalee tenía la cara blanca como la nieve.

—Ha querido matarnos...

—No creo que ésa fuese su intención, aunque pienso que tampoco lo habría lamentado demasiado. Opino, más bien, que trató de intimidarnos, para que no le siguiéramos.

—¡Pero le hemos visto asesinar a un hombre! ¡Tal vez sea el que buscamos, Doug! —

exclamó la muchacha.

La gente se asomaba a las ventanas de las casas o se acercaba temerosamente al lugar donde yacía la víctima, de cuya cabeza manaba abundante sangre. Repentinamente, un hombre salió de la casa y corrió hacia el caído.

—¡Canallas! ¡Han matado a mi hermano! ¡Asesinos! ¡Asesinos..,!

Dillon respingó. El hombre que acababa de aparecer tan inesperadamente, sí tenía un notable parecido con la descripción hecha por la camarera del Blue Hat.

CAPITULO VIII

Iris Harrison llegó a su apartamento y, lanzando un suspiro de satisfacción, despidió sucesivamente los dos zapatos. Luego, descalza, se dispuso a dirigirse al baño, mientras se bajaba la cremallera de la espalda de su vestido.

De pronto, divisó una columnita de humo que surgía del respaldo de un sillón y se alarmó.

—Eh, ¿quién está ahí? —exclamó aprensiva.

—No temas, preciosa; soy yo —dijo Dillon.

—¡Doug! —exclamó Iris. Corrió hacia el otro lado del sillón y se inclinó ansiosamente hacia él—. ¿Qué haces aquí? —preguntó.

—Necesitaba hablar contigo y no quería que nos vieran juntos en el Blue Hat.

—Pero no tenías llave...

Dillon sonrió maliciosamente.

—Dos billetes de diez dólares me proporcionaron la llave maestra del apartamento

—explicó.

Ella se echó a reír.

—Eres un tipo astuto —dijo.

—No tanto como crees, pero... Anda, ve a asearte; cuando vuelvas, tendrás preparada una copa de champaña.

—¿Has dicho champaña?

—Sí, traje una botella y está puesta a enfriar.

—No tardaré ni un minuto, Doug. ¡Vuelvo volando! —gritó Iris, a la vez que echaba a correr hacia el cuarto de baño.

Dillon sabía que mentía, pero no quiso decir nada. Iris tardó casi un cuarto de hora en volver, ataviada con salto de cama de color negro, debajo del cual se veían las prendas interiores, de color rojo fuego, con encajes negros. Las medias eran también negras y los zapatos tenían un tacón aún más alto que los de calle.

Sonriendo, Dillon le ofreció la copa de la botella recién descorchada. Ella, sin remilgos, se sentó en sus rodillas.

—Es la sorpresa más agradable que podían darme —confesó.

—Iris, temo decepcionarte —dijo él—. No he venido a... Bueno, ya sabes a qué me refiero. Precisamente por eso mismo no quise acudir al Blue Hat, ¿comprendes?

Ella pareció alarmarse.

—¿Qué sucede, Doug? —preguntó.

—Hoy han asesinado a Martin Kyle. Lo confundieron con su hermano.

—He oído la noticia Terrible, ¿no?

—Yo presencié el crimen. Llegaba a su casa, cuando el asesino, que sin duda lo estaba aguardando, salió del otro lado de un coche y le pegó un tiro en la cabeza.

Kyle murió instantáneamente.

—¡Espantoso! —calificó Iris—, ¿Qué más, Doug?

—He podido ver al asesino. Es un tipo delgado, de mediana estatura, muy rubio, aunque me pareció un poco calvo. Le calculo un poco más de treinta años. ¿Puedes decirme algo sobre el particular?

—Tienes una memoria fotográfica —comentó la joven.

—No tanto, pero me pasó algo extraño. Cuando vi que iba a matar a Kyle, y el instinto me hizo saber que ya no podía hacer nada por evitarlo, me quedé como petrificado, fijándome más en el asesino que en la víctima. Fue una visión que duró escasos segundos, pero que, no obstante, quedó indeleblemente grabada en mi memoria. Sin embargo, no vayas a creer; después del crimen, no recordaba apenas nada del aspecto del asesino.

—¿Cómo es posible eso? —se asombró Iris.

—Verás... Tengo un buen amigo, psiquiatra, quien, cuando es necesario, hipnotiza a sus pacientes. En estado de hipnosis, uno recuerda cosas que ordinariamente no sabe contar satisfactoriamente. Bien, ese amigo me enseñó la técnica de lo que podríamos llamar autohipnosis, aunque no resulte así realmente ni me quede hipnotizado, como se ve en las películas de miedo.

—Explícate mejor, ¿quieres?

—Es muy sencillo —rió él—. Más tarde, en mi casa, a solas y ya tranquilizado, empecé a pensar en el crimen. ¿Cómo era el asesino? Me concentré en mí mismo y...

¿Alto, bajo, mediana estatura? ¿Gordo, robusto, delgado, esquelético?
¿Rubio, moreno, castaño? ¿Muy joven, treinta años, edad madura?
¿Torpe, impedido, ágil?

¿Raza blanca, negro, atezado? Así fui descartando detalles que no correspondían a la realidad, hasta llegar a la descripción que he hecho hace unos momentos.

—¡Increíble! —dijo Iris.

—Pero me costó mucho rato de intensa concentración y, cuando acabé, sudaba como si hubiese estado corriendo una hora sin parar.

—Es algo maravilloso. Cuando quiera recordar algo, recurriré a ese procedimiento, Doug. ¿Puedo servirme más champaña?

Dillon se echó a reír.

—Una botella abierta es para consumirla —respondió, mientras ella se levantaba para llenar la copa nuevamente—. Iris, aún no me has dicho si conoces a ese tipo.

Bueno, si le has visto alguna vez...

Con la botella en la mano, ella se volvió hacia el joven.

—Sí, le he visto en más de una ocasión y hasta oído ciertos rumores que no le favorecen en absoluto —contestó.

—¿Crees que trabaja para Baltimore?

—No. Una vez le vi echarlo del local y no precisamente con buenos modales, Claro que eso también puede ser una tapadera, ¿no?

—Si Baltimore pensaba recurrir a sus «servicios», no cabe duda que es un buen procedimiento para desviar sospechas. ¿Sabes cómo se llama?

—Russ Quillan, es todo lo que puedo decirte.

—Gracias, encanto.

Dillon se puso en pie. Ella, con las dos copas en la mano, le miró extrañada.

—No te quedas...

El joven se inclinó un poco y la besó en una mejilla. —Te prometo que otro día despacharemos una botella entre los dos —respondió como despedida.

* * *

Dillon detuvo el coche y contempló la casa frente a la cual dos días antes había muerto un hombre. Annalee, senada a su lado, miró también en la misma dirección.

—¿Crees que nos recibirá, Doug? —dudó.

Dillon abrió la portezuela de su lado.

Cruzaron el espacio ajardinado y él llamó a la puerta. A los pocos momentos, un hombre abrió y les miró recelosamente.

—Señor Kyle, me llamo Dillon. Ella es mi ayudante, la señora Horratt. Desearíamos hablar unos momentos con usted, aunque habrá de permitimos que expresemos nuestras sinceras condolencias por la horrible desgracia que le aflige.

—Un canalla mató a mi hermano —dijo Kyle rabiosamente—. Deseo que lo encuentren y lo metan en la cámara de gas...

Dillon se dijo que era muy poco probable que se realizasen los deseos del hombre, pero no quiso expresarlo en voz alta.

—Sin duda, se hará justicia con el asesino —manifestó—. Perdone, pero he omitido un detalle. Soy abogado, encargado de la defensa de la señora Britten. Por eso tengo interés en hablar con usted, señor Kyle.

—No tengo nada que ver con ese asunto...

—Quizá, aunque usted lo ignora, más de lo que piensa. ¿No nos va a permitir la entrada en su casa?

De mala gana, Kyle se echó a un lado. Annalee entró primero y halló una vivienda confortable, aunque sin excesivos lujos. Al fondo de la sala, había una puerta doble, corredera, abierta parcialmente, a través de la cual se veía lo que parecía un taller de reparaciones de aparatos domésticos.

Kyle cerró la puerta y movió una mano.

—Siéntense, pero, por favor, sean breves. Tengo mucho trabajo; es algo que no puede esperar, a pesar de todo.

—Lógico —convino Dillon—. ¿Entiende de electrónica?

Kyle se irguió, orgulloso.

—Soy ingeniero electrónico —repuso—. Pero las cosas no marchan demasiado bien y tengo que dedicarme a hacer chapuzas con cafeteras, tostadoras, televisores y demás morralla. Trabajaba en una empresa, pero me despidieron y me quedé en la calle.

—¿Por qué le despidieron, si se puede saber?

—No quería ser cómplice de una estafa. Empleaban materiales inadecuados. Los chismes se estropeaban apenas se conectaban a la corriente. Así pasó después lo que pasó: la empresa se fue al diablo y...

—Lo siento muchísimo —dijo Dillon—, En todas partes hay gente sin conciencia, aunque usted, por fortuna, no parece de esa clase de hombres.

—Gracias. Y, dígame, ¿qué desean de mí?

—Señor Kyle, no se enfade, pero sé que, en cierta ocasión, estuvo conversando con un tal Britten, en el Blue Hat. Por lo visto acudió allí en busca de esparcimiento...

Kyle pareció sentirse avergonzado.

—Bueno, no soy un muchacho, pero tampoco un... inválido. Necesitaba algo de...

expansión pero estamos haciendo ciertos comentarios inapropiados en presencia de una dama...

Annalee agitó una mano.

—He oído cosas peores —sonrió.

—Gracias. Sí, estuve hablando con Britten, pero no creo que eso les importe...

—Al contrario, puede que nos interese más de lo que cree. Sin embargo, y por si se decide hablar, le diré que todo cuanto nos manifieste será absolutamente confidencial, y no lo repetiremos a nadie.

—Puede estar seguro de ello, señor Kyle —añadió la muchacha, muy seria. Kyle pareció meditar un momento. Al fin, dijo:

—Está bien. Britten me propuso «trucar» una de las ruletas del casino de Matthish. No entiendo por qué, si él era socio y saldría tan defraudado como el otro, en caso de que enviase a alguien para ganar con trampas.

—¿Era eso lo que le propuso? —preguntó Dillon, asombrado.

—Exactamente.

Hubo un instante de silencio. Dillon no acababa de comprender el sentido de la petición de Britten, pero se dio cuenta de que había algún motivo oculto en proponer una acción que, aparentemente, iba a perjudicarlo.

—¿Podría usted conseguirlo? —inquirió, al cabo de unos instantes.

Kyle sacó el pecho.

—Si me dejan, puedo hacer que la bola de la ruleta caiga siempre en el número deseado, aunque no me pregunte cómo lo conseguiré. Lo haré y..., y basta.

El joven sonrió.

—Es usted un genio de la electrónica, no cabe duda. Bien, eso era todo, señor Kyle.

Gracias por haber sido tan amable con nosotros.

—Me gustaría que encontrasen un día al asesino de mi hermano... No sé por qué tuvieron que matarlo; Martin era un hombre inofensivo, que no había hecho jamás daño a nadie...

«Probablemente, lo confundieron contigo», pensó Dillon. Pero no quiso decirlo en voz alta para no alarmarlo.

—Tarde o temprano, se hace justicia con los asesinos —aseguró.

* * *

—Va a ser muy difícil que encuentren a Quillan —dijo Annalee, ya de vuelta en el coche y mientras encendía dos cigarrillos a la vez.

Dillon tomó el suyo y aspiró una bocanada de humo.

—Yo lo encontraré —aseguró.

—¿De veras?

—Sí. Y pienso tenderle una trampa.

—¿Cómo, Doug?

—Perdona que sea discreto. Ya lo sabrás en su momento.

—Bueno, si no me dices en qué va a consistir la trampa, al menos dime cómo piensas localizar a Quillan.

—Ya hay gente dedicada a esa tarea, Annalee.

—Eres un pozo de sorpresas. ¿Tienes más ayudantes?

—Una agencia de detectives, que, en otras ocasiones, ha investigado para mis clientes.

—Paga Selphax, claro.

—No lo dudes, muñeca.

—Eh, que yo no soy...

Annalee se mordió los labios. Dillon soltó una risita.

—Era sólo una palabra afectuosa —dijo.

—¿La empleas muy a menudo?

—Contigo, la primera vez.

—¿Y con otras?

—¿Te gustan los relatos eróticos?

—No te las des de hombre arrebatador. Los que más presumen de... eso, son siempre los que menos... éxitos consiguen.

—¿Lo dices por experiencia?

—Tengo alguna sobre el particular. Una vez, un tipo anduvo por ahí ufanándose de que había conseguido ciertos favores míos, cuando era una solemne mentira. No era la primera vez que lo decía, de otras chicas, claro; pero en esta ocasión, le pasó lo que nunca le había sucedido testa entonces.

—¿Qué le pasó?

—Lo que contaba era producto de su imaginación. Las dos bofetadas que yo le pegué no tenían nada de imaginarias.

Dillon soltó una estentórea carcajada.

—Se lo tuvo bien merecido, pero, yo no soy así. Tanto si consigo algo corno si fracaso, nunca lo repito a terceras personas —dijo.

—Eso me tranquiliza un poco, Doug.

—¿Porque piensas rendirte, si acoso tu virtud?

—No, hombre; para que no sufra tu orgullo masculino, diciendo por ahí que has tropezado con una muralla insalvable.

—No hay muro que no se pueda escalar al fin, pero dejaremos eso por el memento.

Ahora voy a concentrarme en preparar una trampa para el lobo.

—¿Qué lobo, Doug?

—Russ Quillan.

—Puede resultar peligroso —advirtió ella.

—Tendré cuidado, no te apenes por mí —aseguró Dillon.

* * *

De pronto, cuando se disponía a salir, llamaron a la puerta. Intrigado acudió a abrir y se encontró frente a Rigbert.

El sujeto sonrió al ver el gesto de sorpresa que se reflejaba en el rostro de Dillon.

—No me esperaba, supongo — dijo.

—Es usted la última persona a quien habría soñado ver esta mañana, pero no importa. Pase, por favor.

—Gracias — contestó Rigbert educadamente.

Dillon consultó su reloj de pulsera, como si quisiera hacer ver al otro que tenía cierta prisa. Rigbert comprendió la indirecta.

—Seré breve, no se preocupe.

—Muy bien, adelante, le escucho.

—Verá, señor Dillon... Aunque le parezca extraño, yo apreciaba mucho a mi jefe...

—Que yo sepa, Matthish está vivo todavía —dijo el joven.

—Yo me refería a Nick Britten. Es cierto que trabajo para Matthish pero, en un sentido estricto, no le considero mi jefe.

—Bueno, son matices... Pero siga, por favor.

—Como puede imaginarse, también apreciaba mucho a su esposa, aunque nunca la creí capaz de llegar a semejantes extremos.

Dillon arqueó las cejas.

—Entonces, piensa que fue ella la que disparó contra Nick.

—Un memento, se lo ruego. Ella sí disparó contra mi jefe, porque, en aquellos instantes, me imagino, debía sentirse terriblemente furiosa. Pero, insisto una vez mas, Fanny no mató a su marido.

Aparte de sus declaraciones, las pruebas de balística demuestran sin lugar a dudas que fue ella la que disparó la bala fatal —dijo Dillon—. Mi tarea va a consistir no tanto en probar su inocencia, como de conseguir una sentencia mínima.

—A pesar de todo, fue otro el que lo hizo...

—En tal caso, ¿se le ocurre a usted algún nombre?

Hubo un instante de silencio. Rigbert tenía los ojos bajos y parecía irresoluto.

—Bueno —dijo al cabo—, no me gusta acusar a nadie... pero sospecho de Matthish...

—¿De veras?

—Sí. Es desagradable tener que decirlo, pero apostaría algo valioso a que lo hizo él.

—Usted llegó al lugar del crimen antes de un minuto. En tal caso, tendría que haberlo visto, pero no ocurrió así.

—La ventana del salón está en una fachada lateral. El pudo llegar por la calle transversal, mientras que yo llegué por la de la entrada principal y desde un punto opuesto.

—Claro, claro —dijo el joven—. Si Matthish usó silenciador, resulta lógico que usted no oyese más que un disparo. Pero ¿qué otras pruebas puede alegar acerca de la supuesta culpabilidad de Matthish?

—Tiene un revólver idéntico al de Fanny. Yo se lo he visto en más de una ocasión.

Una vez, incluso, me dijo que había fabricado un silenciador especial. Dado el pequeño calibre del arma, un disparo con ese revólver resulta absolutamente silencioso.

—Sí, es indudable. Y, dígame, aparte de la posible culpabilidad de Matthish, y

puesto que es evidente que Fanny disparó contra su esposo, acertase o no, ¿qué motivos podía tener ella para desear su muerte?

Rigbert volvió a bajar la cabeza.

—Celos —murmuró—. El señor Selphax le estaba haciendo la vida imposible y, además, había tenido un par de aventurillas. El carácter de Fanny se había agriado hasta lo indecible y por eso había decidido divorciarse Nick. Ella no quería y...

—Comprendo, pero le advierto una cosa, señor Rigbert.

—¿Sí, abogado?

—Comprobaré su historia con mi cliente.

Rigbert asintió.

—Verá que no me he desviado un ápice de la verdad —aseguró.

CAPITULO IX

—¿Es cierto que tu padre le hacía la vida imposible a Nick?

Fanny mostró cierta sorpresa al oír aquellas palabras en los labios de Dillon.

—¿Por qué lo preguntas, Doug?

—Contesta. Eres mi cliente y tengo derecho a saber la verdad.

—Bien, no sé cómo definir eso de «hacer la vida imposible» a una persona... El caso es que mi padre se había ablandado un poco y quería que Nick dejase el negocio... Decía que era hombre inteligente y que podía hacer mucho a su lado, pero eso no le gustaba a Nick; prefería el Rainbow, con las diversiones, chicas fáciles... Me entiendes, ¿verdad?

—Y como tu padre le apretaba las clavijas, y tú le reprochabas constantemente sus aventuras, se hartó y pidió el divorcio.

Fanny desvió la mirada.

—Es cierto — dijo con voz débil.

—Tú no se lo querías conceder, ¿verdad?

Ella apretó los labios. Dillon se enfureció.

—¡Contesta, por todos los diablos!

—No me acoses —protestó Fanny, indignada—. Maté a Nick. ¿Qué más quieres? Haz que me declaren loca y me encierren en un manicomio para toda mi vida, pero no te diré una palabra más, ¿me has entendido?

La joven se puso en pie bruscamente.

—¡Oficial! — llamó.

La matrona acudió en el acto.

—Señora...

—Deseo volver a mi celda —expresó Fanny—. Ya he terminado la entrevista con mi abogado.

—Perdonen las dos un momento — pidió Dillon—, Fanny, ¿cuánto quería Nick por acceder al divorcio?

Ella pareció sorprenderse.

—Era yo la que no quería concedérselo —puntualizó.

—Pero él sí quería divorciarse y, además, estoy seguro, pedía una suma muy elevada, por algo que todavía ignoro. ¿Verdad que no me equivoco?

Bruscamente, Fanny dio media vuelta y se marchó en compañía de la oficial de la cárcel.

Dillon, lanzando un suspiro, recogió su portafolios y se dispuso a salir.

Annalee aguardaba en su coche.

—Diríase que la entrevista con tu cliente no ha resultado del todo satisfactoria —

manifestó.

—Defínela mejor como borrascosa —repuso él, mientras se sentaba tras el volante—.

Pero algo he averiguado.

—¿Sí?

—Primero, Rigbert insiste en la teoría de otro asesino y acusa a Matthish de haberlo perpetrado. Matthish posee un revólver análogo al de Fanny y, además, se hizo construir un silenciador especial. Haría un disparo junto a tu oído y no percibirías apenas nada.

—Debe ser una maravilla —comentó Annalee—. ¿Qué más has averiguado?

—Nick quería divorciarse, pero ella se negaba a concederle el divorcio. No ha querido admitirlo, pero estoy seguro de que Nick le exigía una cantidad muy elevada.

—Eso no tiene sentido, Doug. Si hubiese sido ella la que quisiera divorciarse, se comprendería que Nick pidiese una indemnización;

pero, puesto que la solicitud de divorcio partía de él, lo lógico era que no reclamase ninguna suma de dinero.

—Hay una tercera posibilidad, Annalee —especuló el joven—. Lo siento por Fanny, pero apostarí algo a que Nick la engatusó para casarse con ella y un buen día, conseguir un divorcio bien remunerado. La cosa falló, porque lo único que recibió fue una bala en la cabeza.

—Todavía hay una cuarta posibilidad —apuntó Annalee. —¿Si?

—Puesto que Nick no estaba en ninguna situación de exigir dinero por el divorcio, muy bien pudo pedirlo por otros motivos.

—¿Por ejemplo...?

—Supongamos un chantaje, Doug.

—¿A quién?

—A ella, no, no creo que tuviese nada vergonzoso que ocultar y, en todo caso, nada de gravedad. Pero ¿qué me dices del tiburón de su padre?

Dillon se quedó pensativo unos momentos.

—La verdad es que, en algunos asuntos, Selphax se ha portado como un auténtico bandido. Sólo le faltó empuñar una pistola —dijo al cabo.

Annalee hizo un gesto con la mano.

—¿Lo ves? Investiga en ese sentido. Tal vez Nick la amenazó con publicar algo especialmente vergonzoso de su padre y ella, que ya sentía remordimientos por un matrimonio no demasiado feliz, quiso romper de un tiro esa especie de nudo gordiano que la tenía poco menos que atada de pies y manos a un sinvergüenza.

—No es mala idea —convino Dillon—. Pero antes de hablar con el señor Selphax, voy a ver si preparo la trampa que te dije.

—¿Para Quillan?

—Exactamente. Y, además, quiero que lo sepa él.

—¿Cómo se lo vas a avisar? —respingó la muchacha.

—Nena, hace un rato que nos sigue un coche sospechoso y apostaría un beso tuyo contra mil dólares, a que es Quillan.

Annalee se estremeció.

—Está buscando el mejor momento para matarte...

—Descuida, no lo conseguirá. Ah, ahí está lo que andaba buscando...

Intrigada, Annalee vio que Dillon se detenía frente a una tienda donde vendían artículos para caza y pesca. El joven le indicó que permaneciera en el coche, ya que no iba a tardar demasiado, puesto que había hecho el encargo por teléfono. Dillon entró en la tienda y, efectivamente, a los pocos momentos volvió a salir con un paquete de forma alargada en las manos, que dejó en el asiento trasero del coche.

—¿Qué es eso? —preguntó Annalee, devorada por la curiosidad.

—Elementos de pesca —respondió él, con la vista fija en el retrovisor—. Eso es lo que le dirán a Quillan, quien, en estos mementos, está entrando en la tienda para enterarse de lo que he comprado. Como venden también armas para la caza, debe pensar que he

comprado una escopeta o algo por el estilo.

—Y... ¿no es cierto?

Dillon hizo un gesto negativo.

—Dulzura, cuando se trata de atrapar una pieza, la forma de conseguirlo es lo de menos —respondió enigmáticamente—. Por cierto, ¿te gustaría hacer esta noche otra incursión en la casa de Fanny, para ver si encontramos la segunda bala?

—Ya estuvimos una vez y no conseguimos nada positivo.

—Esta noche, opino, lo conseguiremos —vaticinó Dillon.

* * *

En el interior del salón, Dillon señaló un punto con la mano.

—El supuesto segundo disparo, que sería el primero o, al menos, simultáneo con el de Fanny, tuvo que hacerse desde aquella ventana. Dada la posición de los dos actores, Fanny y su esposo, la bala tuvo que pasar rozándola a ella, aunque lo más probable es que no sintiese nada, dada la excitación del momento.

Dillon dio un par de pasos laterales y se situó en determinado lugar.

—Fanny estaba aquí y, si apuntó a su esposo, aunque fallase el tiro, la bala tuvo que incrustarse en aquella pared —añadió.

—Pero allí sólo hay una estantería con libros y no se observa el menor rastro de un impacto —alegó la muchacha.

—¿De veras? —sonrió el joven—. Aguarda un momento, por favor.

La librería ocupaba una buena parte de la pared y Dillon cruzó la sala, para colocarse junto a ella.

—Prácticamente, es una biblioteca que no se utiliza apenas —dijo—. Si te fijas bien, en este estante se observa la falta de algunos libros.

—No todos los estantes están llenos —dijo Annalee.

—Aguarda un momento, por favor. Este que te señalo, se encuentra a la altura de la cabeza de Nick, un hombre que rebasaba el metro ochenta, más o menos de mi estatura.

—Ahí, en ese hueco, tendríamos que ver el impacto de la bala me parece.

—Pero Annalee, de ser cierta la hipótesis de Rigbert, no tiró tan alto. Quizá lo habría hecho de tener a su marido a un paso de distancia, pero, recuerda, Nick estaba a cinco o seis metros, prácticamente a la entrada del salón, un poco a la izquierda de la puerta y justo en el arranque de la librería.

—Sí, así fue, aproximadamente.

—Entonces, fíjate en este hueco y observa una cosa: la madera está menos descolorida que en el resto de la estantería y en la chapa que le protege por detrás. Se nota muy poco, prácticamente nada, a menos que uno se fije con detenimiento. Acércate, por favor.

Annalee obedeció y alargó el cuello para examinar el lugar que le indicaba el joven. Al cabo de unos segundos, hizo un gesto de asentimiento.

—¿Y...?

Sonriendo con expresión satisfecha, Dillon apartó unos cuantos libros de la estantería inferior y, después de sostenerlos con el brazo izquierdo, señaló el nuevo hueco con la

mano derecha.

—*Voilà!*, que dicen los franceses. Arquímedes exclamó ¡ *eureka!*, que significa «Lo he encontrado». Y yo lo repito en un lenguaje inteligible para el vulgo.

—El vulgo soy yo, por supuesto.

—Y los demás que verán el impacto de la segunda bala —contestó Dillon, sin dejar de señalar el diminuto orificio redondo que se veía en la madera posterior de la estantería.

—Es cierto —dijo Annalee, pasados algunos segundos—. La teoría de Rigbert queda corroborada, pero, sin embargo, presenta una seria objeción.

—Dímela, por favor.

—El revólver que encontraron en la mano de Fanny, era de su propiedad, el mismo que ella había comprado. La bala que mató a Nick había salido de ese revólver.

—Es cierto.

—Eso significa que el otro tirador falló y ella fue la que acertó.

Dillon guardó silencio un momento. Luego volvió a poner los libros en la estantería

—Mañana tengo que hablar con Selphax —dijo al fin.

—Doug, no has discutido siquiera mi objeción —protestó Annalee.

—¿Qué pecado tan gordo habrá cometido Selphax, que Nick se enteró y quiso hacer chantaje a su mujer? Al padre y a la hija, simultáneamente, claro está. ¿Se te ocurre alguna idea sobre el particular, Annalee?

La muchacha comprendió que Dillon quería desviar la atención del tema que ella había propuesto y no insistió.

—Hablarás mañana con él, ya lo has dicho antes.

—Y le obligaré a poner las cartas sobre la mesa, no te preocupes.

—¿Lo conseguirás?

Dillon sonrió de una forma especial.

—Entraré en su despacho, bramando como un búfalo y empezaré a dar puñetazos en su mesa, vociferando como un energúmeno... Por cierto, ¿sabes lo que significa energúme-no? Poseído por el diablo...

Annalee se echó a reír.

—Tú sí que eres un verdadero demonio. Tienes la habilidad suficiente para desviar la cuestión que no te interesa seguir comentando y, además, sin dejar de atraer la atención de tu auditorio.

—En estos momentos, muy reducido.

—Pero muy interesado en lo que dices, Doug.

—En otro momento, mi auditorio, será mucho más números...

Dillon se calló de pronto. Fuera, acababa de oírse un sonido extraño, el rugido de una persona sorprendida inesperadamente por algo totalmente insólito. Al oír aquella especie de bramido, lanzó una exclamación de júbilo:

—¡La trampa para el lobo ya ha funcionado, Annalee!

CAPITULO X

Atónita, la muchacha vio a Dillon lanzarse hacia la ventana, cuyas cortinas recorrió de un manotazo. El bastidor inferior estaba alzado y entonces comprendió que el joven lo había dejado así deliberadamente.

Dillon atravesó el hueco de un salto y se dejó caer al otro lado. Annalee corrió también hacia allí y sacó medio cuerpo a través de la ventana.

Entonces vio algo que le dejó atónita.

Al pie de la pared, había un hombre sentado en el suelo, agarrándose una pierna con dos manos, a la vez que se divisaba en su rostro una expresión de intenso sufrimiento.

Annalee vio también una pistola en la mano del joven, en cuyos labios aparecía una sonrisa de enorme satisfacción.

—¿Qué ha pasado, Doug? — preguntó.

—Encanto, te presento a un asesino profesional, llamado Russ Quillan —respondió él—. No puede moverse, porque, como suele decirse, ha metido la pata, aunque en esta ocasión lo ha hecho en una auténtica trampa para lobos, perfectamente anclada al suelo.

¿Duele, Quillan?

El pistolero lanzó una obscena interjección.

—¡Suéltame, maldita sea...!

Dillon se acuclilló frente al capturado asesino.

—Russ, si yo hubiese sido hombre de perversas inclinaciones, habría dejado la trampa en su estado original, esto es, con los dientes al descubierto. Sin embargo, los he forrado con trozos de manta, a fin de evitar que te hicieran demasiado daño, pero eso no permite, sin embargo, que puedas liberarte con facilidad, y menos ahora que ya tengo tu pistola. ¿Comprendes cuál es tu situación?

Quillan miró al joven con ojos de furia.

—¿Qué diablos quiere? —barbotó.

—Has estado siguiéndome todo el día. Incluso entraste en la tienda de artículos para caza y pesca, a fin de enterarte de la compra que había hecho. El dueño es amigo y te contestó que había comprado un equipo de pesca, lo que, a fin de cuentas, era rigurosamente cierto. Pero no podías saber que, poco después, cierta persona fue allí y se llevó el cepo para lobos que había encargado. Esa misma persona, yo no podía hacerlo, porque tú me seguías constantemente, fue la que se encargó de montar la trampa en este lugar. Después, cuando la señorita Horratt y yo vinimos a esta casa, tú nos seguistes, con intenciones fáciles de adivinar, esperando el momento apropiado para pegarme un tiro. La ventana era el lugar más apropiado, pero también buscabas la oscuridad protectora y por eso no pudiste ver la trampa. ¿Satisfecho de mis explicaciones?

—Es usted muy listo, pero no tanto como otros...

Dillon respiró profundamente.

—Me he quedado sin aliento después de esa parrafada —comentó con jovial acento—.

Annalee, ¿te das cuenta de la diferencia de nivel entre la ventana y el

suelo?

—Sí, hay casi dos metros —respondió ella, extrañada por una pregunta que le pareció no tenía relación con lo que estaba sucediendo.

—Exactamente, un metro setenta y cinco centímetros. Los ojos de un hombre como Quillan quedan a la altura del antepecho, pero si se pone de puntillas y se afirma con la mano izquierda, puede disparar perfectamente contra cualquier persona que se halle en el interior del salón.

Annalee sintió que se le suspendía la respiración.

—¡Entonces, fue él quien mató a Nick!

—¡Por todos los diablos, no! — chilló el pistolero—. Yo no maté a Nick, lo juro.

—Pero sabes quién lo hizo — dijo Dillon.

—No, ni me importa un rábano...

Dillon se quedó desconcertado un instante, aunque no tardó en rehacerse.

—Bien, una cosa es cierta, y es que tú asesinaste a Martin Kyle. ¿Quién te lo ordenó?

Quillan apretó los labios.

El joven entendió sus pensamientos.

—No quieres traicionar a quien te pagó por cometer ese crimen, ¿eh? — dijo.

—No suelo hacerlo...

—Eso quiere decir que lo has hecho en alguna ocasión

—¡No, nunca!

—Porque nunca te han cazado con una trampa para lobos. Pero ahora no estás en situación de negarte. Annalee, ¿quieres llamar a la policía?

—Sí, con mucho gusto — respondió la muchacha.

—¡Eh, aguarden un momento! —gritó Quillan—. ¿Por qué no llegamos a un acuerdo?

Annalee había iniciado la retirada hacia el interior, pero volvió a asomarse inmediatamente.

—¿Qué clase de acuerdo? —preguntó el joven.

—Bueno... —Quillan titubeó un poco—. Yo le doy un nombre y usted me deja ir...

—¿Para que intentes matarme de nuevo a la primera ocasión que se te presente? —

contestó el joven sarcásticamente—. No, gracias, no es un trato satisfactorio.

—Llamaré a la policía—dijo Annalee.

—Maldita sea... No puedo hacer otra cosa —se quejó Quillan. Estaba completamente desmoralizado—. Me lo ordenó Matthish.

—¿También te ordenó matar a Kyle?

Quillan asintió.

—¿Por qué? —inquirió Dillon.

—No lo sé, no me dio explicaciones...

«Sería algo relacionado con el trucaje de la ruleta», pensó el joven.

—Lo siento —manifestó—. Puedo perdonarte que hayas tratado de matarme, pero no te perdonaré la muerte de un hombre inocente. Esta vez, sí, Annalee; anda, llama a la policía.

—De acuerdo, Doug.

Repentinamente, sonó un disparo a poca distancia.

Annalee chilló, a la vez que se escondía tras la ventana. Dillon se tiró a un lado.

Quillan lanzó un gemido agónico y, todavía sentado, se llevó ambas manos al pecho. El segundo disparo, muy seguido al anterior, le alcanzó en pleno rostro, lanzándole hacia atrás.

Desde el suelo, Dillon puedo ver la silueta de un hombre que escapaba a todo correr.

Aunque tenía una pistola en la mano, no quiso utilizarla, porque estaba seguro de que no conseguiría nada positivo, ya que en su vida había disparado un arma de fuego.

La voz de Annalee sonó temerosa instantes más tarde.

—Doug, ¿estás bien?

Dillon se puso en pie.

—Perfectamente —respondió—. Pero Quillan no puede decir lo mismo

—Sin embargo, ha hablado...

—¿De qué nos sirve? —contestó él malhumoradamente—, ¿Qué tribunal nos creería?

—Entonces, ¿qué hacemos, Doug?

—Nada, salvo esperar a la policía, que no tardará en llegar. Pero cuando vengan no menciones en absoluto la segunda bala que hemos encontrado.

—¿Lo crees necesario?

—Por ahora, sí. Prefiero que no se sepa nada, ¿entendido?

—Lo que tú digas, Doug —contestó Annalee, todavía con el susto en el cuerpo.

¿Era cierto que Matthish había ordenado la muerte del joven?

¿Encontraría otro pistolero dispuesto a ganarse unos miles de dólares a costa de la vida de Dillon?

Eran unas preguntas para las cuales no encontraba respuesta.

* * *

A mediodía, Dillon recibió una llamada telefónica.

—Soy Iris. Tengo algo interesante para ti —dijo la joven.

—¿De veras? ¿Qué es, por favor?

—Andate con cuidado. Toro Houligan te está buscando.

—¿Quién es ese sujeto?

—Suele golpear primero el estómago de sus víctimas. Luego pega en la espalda, cuando el otro se inclina hacia adelante. Se dice que a uno le rompió el espinazo con un solo golpe.

—Menudo pájaro —comentó Dillon—. ¿Por qué me busca?

—No lo sé. Pero puedes imaginártelo, me parece.

—Iris, ¿cómo lo has sabido?

—Me lo comentó mi amiga, la misma que estuvo una vez con Kyle. Dice que lo vio hablando con uno de los hombres de Matthish y que pudo oír tu nombre. Ten cuidado, es una verdadera bestia...

—No te apures por mí, encanto. Le daré su merecido, descuida.

—Y a mí, ¿cuándo me darás mi merecido?

Dillon se echó a reír.

—Puede que esta noche le pida la llave maestra al conserje de tu casa —contestó—.

Pero tengo que cenar con cierta persona y no sé si podré despacharme a tiempo.

—Haz lo que puedas, Doug —pidió ella ansiosamente.

Dillon colgó el teléfono. Era curioso; Iris había mencionado a Kyle, justamente cuando se disponía a visitar al individuo.

Media hora más tarde, estaba charlando con el experto en electrónica.

—Voy a serle sincero —dijo sin rodeos—. Quiero que me haga algo y le pagaré lo que me pida sin regatear, ¿estamos?

—Hable —respondió Kyle escuetamente.

Dillon expuso sus deseos. Kyle le escuchó atentamente y al cabo de unos momentos de reflexión, hizo un gesto afirmativo.

—De acuerdo, lo haré —accedió finalmente.

—¿Cuánto?

Kyle señaló una cifra. Dillon no pestañeó siquiera.

—Mañana le enviaré el dinero por correo. Billetes de banco, por supuesto.

—Es lo mejor —concordó Kyle—. ¿Cuándo empiezo?

—Ahora mismo En cuanto a la colocación, ya le indicaré el momento más apropiado.

—Conforme, señor Dillon.

El joven se marchó. Había hablado previamente con Selphax, pero la entrevista tendría lugar en su residencia particular, tras la cena, como en la ocasión anterior, y no en el despacho y de la forma que había explicado a Annalee.

—Era una exageración —sonrió, mientras regresaba al coche.

* * *

Selphax sostenía la copa de coñac con ambas manos y parecía completamente absorto en su labor. Dillon, por su parte, aguardaba pacientemente a que el padre de Fanny se decidiera a romper su silencio.

—Está bien —dijo Selphax al cabo de un buen rato—. Es cierto. Fanny quería divorciarse de Nick.

—Y él no quería.

—Al principio, no. Compréndalo, Fanny era una mina para él.

—Si usted no les daba más que el dinero imprescindible...

—Nick miraba al futuro cuando Fanny quedase dueña de mi fortuna. Pero también sabía que poseo una salud de hierro y que, salvo eventualidades, mi fallecimiento está aún muy lejano. Entonces, empezó a maniobrar para conseguir antes de tiempo lo que no podía lograr por medios naturales.

—¿Por ejemplo...?

—Un millón de dólares.

Dillon hizo un gesto con la cabeza.

—No está mal. ¿Pensaba acceder a su petición?

Selphax se agitó incómodo en su butaca.

—No había tomado aún una decisión — contestó.

—Muy bien. Si Nick esperaba conseguir un millón, ¿en qué basaba tales esperanzas?

—Doug, maldita sea, no me obligue a contárselo...

—¡Haga algo por su hija, demonios! —se exasperó el joven—. Fanny está en la cárcel.

Pueden condenarla a cadena perpetua y todo porque, quizá, usted tiene algo vergonzoso que ocultar y no quiere que se sepa. ¿Es que no le importa en absoluto la suerte de su hija?

De pronto, Selphax pareció sentirse abrumado.

—A veces... no he actuado con demasiado sentido de la ética... Pero todo eso se estaba olvidando ya. Ahora me consideran un ciudadano respetable y tengo posibilidades de intervenir en política... Si el asunto se hace público, ya no podré...

—¿No vale Fanny más que todos los cargos políticos que usted pueda alcanzar? —se indignó Dillon.

—Está bien, lo diré todo. La verdad es que, prácticamente, soy el dueño del Rainbow.

Matthish no es sino un hombre de paja; que me tiene un verdadero afecto y en el cual puedo confiar de forma total. Pero cometió la imprudencia de asociarse con Nick. Este mejoró el negocio y las ganancias aumentaron y así consiguió una mayor participación.

Entonces, llegó a enterarse de mis relaciones con Matthish, pero ello sucedió cuando ya las relaciones con Fanny empezaban a deteriorarse.

—Y claro, realmente era ella quien quería el divorcio, pero a Nick no le interesaba en absoluto.

—No. Sin embargo, consintió en acceder a cambio de un millón de dólares, más mi participación en el Rainbow. Fanny podía admitir lo segundo, pero sabía que yo me quedaría muy debilitado

económicamente. Además, no tenía la seguridad de que Nick guardase después silencio.

—Comprendo. La situación llegó a límites insostenibles y ella decidió cortar por lo sano.

—Así sucedió —repuso Selphax tristemente—. Ahora, Fanny debe cargar con las culpas...

Dillon sonrió enigmáticamente.

—La sacaremos del apuro —prometió—. En cuanto a usted, mañana mismo va a nacer lo que yo le indique.

—¿De qué se trata, Doug?

—Simplemente, vender su parte en el Rainbow a Matthish.

CAPITULO XI

El teléfono sonó estridentemente y Dillon, todavía en la cama, levantó el auricular.

—Diga... — murmuró con voz somnolienta.

—Vaya —exclamó la fresca voz de Annalee—, el viajero perdido ha regresado ya al hogar.

—No lo había abandonado, encanto —dijo él.

—He estado dos días sin noticias tuyas. ¿Dónde te habías metido?

Dillon sonrió.

—Trabajando — contestó, evasivo.

—¿Dónde? —quiso saber Annalee, asombrada.

—Abriendo zanjas en la calle.

—Doug, no me tomes el pelo...

—Hablo en serio, preciosidad. Claro que son zanjas digamos metafóricas, pero alguno caerá en ella, porque, como puedes imaginarte, no he colocado luces de advertencia.

—Otra trampa, ¿eh?

—Así es, en efecto.

—Y tú, ¿no caerás algún día en una trampa?

—Ya he caído, Annalee.

—¿Dónde, Doug?

—Te lo diré en otro momento. Por cierto, ¿te gustaría jugarte esta noche unos cuantos dólares en la ruleta?

—Soy una chica que trabaja, de menguados recursos...

—Paga Selphax, nena.

—Ah, siendo así... ¿A qué hora, por favor?

—Las siete de la tarde, para cenar en un buen restaurante. Luego iremos al Rainbow.

¿Qué te parece?

—¡Magnifico! —aprobó Annalee, entusiasmada—. Eso de divertirse y no tener que pensar en el dinero es verdaderamente estupendo, Doug.

—Muy bien. Pasaré a recogerte y espero te pongas tu mejor vestido.

—Saldré a comprarme uno para la ocasión. ¿Paga Selphax?

—Si no te pasas... Pide la factura; lo incluiremos en la nota de gastos como elementos de enmascaramiento.

Annalee se echó a reír.

—No voy a ir como si fuese carnaval. Doug.

—Puede que, después de esta noche, alguien empiece a pensar en que le deben tomar medidas para un traje de color gris, que le durara toda su vida.

—Esos trajes los regala la prisión, ¿no?

—En efecto, preciosa. Bueno, sé puntual; no me gusta esperar.

—No tendrás queja de mí en este aspecto, Doug. Hasta luego.

Dillon colgó el teléfono y se fue al baño. Hizo algunas gestiones durante el resto del día y, a una hora apropiada, regresó a su casa para cambiarse de ropa. Vestido con traje de etiqueta, a las siete en punto detenía su coche frente a la puerta de Annalee.

La muchacha apareció inmediatamente, ataviada con un traje de color azul fuerte, de escote apenas pronunciado, pero con la espalda completamente descubierta. El bolso y los zapatos hacían juego con su indumentaria y estaba realmente atractiva.

—Se te van a comer con los ojos —comentó Dillon al arrancar—. Estás encantadora, como nunca. ¿No se te ha ocurrido alguna vez presentarte en algún concurso de belleza?

—Soy una chica muy caritativa y no me gusta llevarme todos los premios —rió ella.

—A eso se llama modestia y humildad, hablando en serio, mientras

cenamos, te daré instrucciones acerca de lo que debemos hacer cuando estemos en la sala de ruleta.

—Otra trampa, ¿eh?

—Lanzaremos el anzuelo allí y el pez picará más tarde en...

—¿En dónde, Doug? —preguntó Annalee al ver que el joven se interrumpía sin completar la frase.

—Ya lo sabrás en el momento oportuno. Pero creo que tengo la solución del caso y estoy seguro de que, efectivamente, Fanny no mató a su esposo.

La muchacha se quedó sin aliento. ¿Cómo había llegado Doug a semejante conclusión?

Debía ser paciente, se dijo. Aquella misma noche, presintió, quedarían aclarados todos los enigmas que se habían producido en un caso tan singular.

Una mujer aseguraba haber dado muerte a su esposo y estaba dispuesta a cumplir la sentencia que se le impusiera, para proteger a alguien. Y otros esperaban beneficiarse de aquella muerte, pero, si lo que decía Dillon era cierto, sus esperanzas iban a verse frustradas y el plan ideado para deshacerse de un sujeto incómodo resultaría un completo fracaso.

Apenas se sentaron a la mesa, en el restaurante, y tras ordenar el menú, Dillon entregó a la muchacha un pequeño fajo de billetes.

—Para que los cambies por las fichas y puedas jugar cuanto te apetezca, aunque eso sí, atenta en todo momento a las instrucciones que te daré dentro de unos minutos.

—Haré exactamente todo lo que tú me indiques, Doug —prometió Annalee.

* * *

Jules Rigbert entró en el despacho de Matthish y éste le dirigió una mirada interrogante.

—¿Alguna novedad? —preguntó.

—El abogado está jugando. Ha venido con una chica, su ayudante, creo.

Matthish arqueó las cejas.

—Eso no me gusta —manifestó—. Vigílalos bien, Jules.

—De acuerdo, Kenny.

Rigbert dio media vuelta y ya se disponía a salir, cuando, de pronto, volvió a girar en sentido contrario.

—Ah, Kenny, una cosa.

—¿Sí, Jules?

—Tendríamos que arreglar los asuntos de Nick. Creo que lo dejó todo muy confuso...

—Eso no es cuenta tuya —respondió Matthish fríamente—. Eramos socios por partes iguales y él no tiene herederos que reclamen la suya.

—Bueno, era sólo una sugerencia...

—Jules, tienes un buen puesto. No lo pierdas.

Los dos hombres cambiaron una mirada. Matthish apretó los dientes.

«Tenía que deshacerse de Rigbert», pensó. Lo había aceptado, porque era la mano derecha de su difunto socio, pero ahora que éste había muerto, ya no tenía por qué sentirse obligado hacia aquel individuo.

Sin embargo, Rigbert sabía cosas suyas que podían perjudicarlo. Tendría que estudiar el medio de deshacerse de él, sin temor a ulteriores consecuencias.

Decidió suavizar un poco el tono y sonrió.

—Deja ciertos asuntos en mis manos y confía en mí —añadió—. Vigila bien a esa pareja, Jules.

—O.K., no tengas cuidado.

Rigbert regresó a la sala de juego. Annalee estaba junto a una de las mesas de ruleta, apostando módicas cantidades. La sala era muy grande y el abogado estaba en el extremo opuesto, jugando también con aire aburrido.

«¿Qué buscarán estos dos pájaros?», se preguntó.

Al cabo de un buen rato, Annalee abandonó el juego y se acercó a Dillon. Rigbert observó atentamente la maniobra.

—Me han desplumado —dijo la muchacha compungidamente.

Dillon sonrió.

—No te preocupes; otro día tendrás más suerte. ¿Tienes un cigarrillo?

—Oh, sí, claro...

Ella abrió el bolso y sacó una pitillera de plata. En aquel momento, Dillon ponía una ficha de cien dólares en uno de los números.

La bola se detuvo exactamente en el número marcado por el joven. Sonaron varias exclamaciones de asombro.

Dillon había conseguido un pleno y el «croupier» puso delante de él fichas por valor de tres mil quinientos dólares. Dillon volvió a jugar y perdió más de dos mil.

—Mi última apuesta —dijo a la vez que dejaba una ficha de mil dólares en otro número—. Salga lo que salga, ya no juego más.

La bola cayó en el número apostado. Se oyeron nuevas exclamaciones de asombros.

Dillon se sentía enormemente satisfecho.

—Treinta y cinco mil dólares, no está mal —comentó—. Iré a cambiarlos a caja y nos marcharemos, ¿verdad, querida? —Sí, no te arriesgues más —aconsejó la muchacha.

Matthish se acercó en aquel momento a la pareja.

—Es usted un hombre afortunado, abogado —dijo, con sonrisa forzada—. Una buena suma ganada aquí, una hermosa mujer al lado...

—De vez en cuando, conviene distraer la mente un poco de ciertos graves problemas que ambos conocemos —contestó Dillon sonriendo también—. Por cierto, señor Matthish, tengo entendido que posee usted un revólver exactamente igual ?\ que empleó la señora Britten para matar a su esposo. Matthish se puso rígido.

—Si eso es una insinuación acerca de mi posible culpabilidad...

—Oh, no, no, en absoluto; jamás se me ha pasado tal idea por la

imaginación. Pero, en cambio, siento curiosidad por saber por qué no lo compró usted en persona y, en cambio, se lo hizo traer por su propio y difunto socio.

—¿Cómo sabe usted tantas cosas? —se irritó Matthish. —He investigado por todas las armerías de la ciudad. En una de ellas, hay una anotación de un revólver vendido a Nick Britten, de calibre veintidós y de la misma marca que el empleado por su esposa para darle muerte.

—Quería regalárselo a una amiga...

—Pero no lo hizo.

—Se marchó de la ciudad antes de que pudiera dárselo.

—Por tanto, se lo quedó usted.

—Así es, pero...

Dillon sonrió amablemente.

—¿Lo tiene aún?

—Pues... ¡claro que lo tengo! ¿Por qué no iba a guardarlo? —contestó Matthish, muy sulfurado.

—Yo había llegado a pensar que, en el caso de que usted hubiera sido el verdadero asesino, habría tirado el revólver en alguna parte, incluso en el propio jardín de la casa de Britten. Hay tantos sitios para esconder allí un arma... Con su permiso, voy a cambiar mis ganancias... Buenas noches, señor Matthish.

El sujeto no supo qué contestar. Acompañado por Annalee, Dillon fue a caja y recibió treinta y cinco billetes de mil dólares, sujetos con una gomita que guardó con aire negligente en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Vámonos, encanto.

—Sí, como quieras.

Mientras se encaminaban a la salida, no hicieron el menor comentario. Una vez en el exterior, Annalee lanzó una alegre carcajada.

—A Matthish se le van a revolver las tripas esta noche, cuando piense en tus ganancias, Doug —exclamó.

—Ya las tiene revueltas y no precisamente por el dinero que ha perdido.

—¿Qué quieres decir? — preguntó ella intrigada.

—Te lo explicaré más tarde —respondió el joven—. Ahora, me parece, se nos acerca alguien con intenciones poco amistosas.

Annalee volvió la cabeza y emitió un grito de susto al ver a aquel enorme individuo que avanzaba hacia ellos con paso torpe. Inmediatamente, recordó historias de jugadores afortunados, que habían sido atacados para despojarlos de sus ganancias y temió por la suerte de Dillon.

—Amigo, escuche un momento —dijo Houligan, el matón indicado por Iris.

Dillon simuló sorpresa.

—¿Desea algo de mí? — preguntó cortésmente.

—Sí..., esto...

Houligan disparó el puño derecho con toda su potencia, dirigiendo el golpe al estómago, del joven. Instantáneamente, lanzó un terrible aullido, mientras retiraba el puño y en su cara se dibujaba una indescriptible expresión de dolor.

Annalee estaba atónita, ya que no comprendía lo que había sucedido. Dillon, no obstante, retrocedió tres o cuatro pasos, a consecuencia de aquel fenomenal puñetazo, pero no cayó ni se dobló sobre si misma

Contraatacó en el acto. Houligan, que no sabía explicarse lo sucedido, tenía la mano derecha bajo el sobaco izquierdo. La mano le dolía horriblemente; había chocado con algo de enorme dureza y tenía los nudillos destrozados.

Dillon disparó el pie a la entrepierna del matón. Houligan lanzó un rugido de fiera herida y se llevó ambas manos al lugar afectado. Implacable, Dillon pateó sucesivamente las dos rodillas del gigante.

Houligan saltaba epilépticamente, presa de vivísimos dolores. Sin mostrar prisas, Dillon se desabrochó la camisa, sacó una plancha de acero de forma cuadrada de unos cuarenta y cinco centímetros de lado y, haciéndola girar al aire, la estampó con todas sus fuerzas contra la cara del matón, quien se desplomó en el acto, perdido el conocimiento

por completo.

Houligan quedó tendido en el suelo, boca arriba. Dillon alzó la plancha y la soltó, dejándola caer de nuevo sobre la cara del sujeto. Pero Houligan ya no sintió nada.

Sonriendo ampliamente, Dillon simuló sacudirse el polvo de las manos, mientras Annalee le contemplaba estupefacta.

—No había visto jamás una cosa semejante —confesó.

Dillon la agarró por el brazo.

—Me avisaron de que Toro Houligan podría buscarme, si ganaba en la ruleta. Era su especialidad: golpeaba primero en el estómago y la víctima, naturalmente, se curvaba hacia adelante. Un segundo golpe en los riñones la dejaba totalmente indefensa.

Entonces, le quitaba las ganancias...

—Y tú le has quitado las ganas de repetir esas salvajadas —dijo ella.

—Sobre todo, teniendo en cuenta al infeliz que un día resultó con el espinazo roto por un puñetazo de ese bruto.

—Matthish se tirará de los pelos...

—No era cosa de Matthish —dijo Dillon sorprendentemente.

Annalee se volvió para mirarle, pero el joven ya abría la portezuela del coche.

—No tengas prisa, encanto; la solución está al alcance de la mano —añadió.

CAPITULO XII

La lucecita se movía irregularmente en la oscuridad del jardín que rodeaba a la casa, cuyas luces se encontraban apagadas. De pronto, sonó una voz de tonos irónicos, a la vez que se iluminaban todas las ventanas de la planta baja:

—¡No se moleste en buscar, Kenny Matthish! —exclamó Dillon—, Por mucho que busque no encontrará su revólver en este jardín

Matthish levantó la cabeza inmediatamente. En el hueco de la ventana, Dillon le hizo señas con la mano.

—Venga, acérquese; tengo muchas cosas que contarle

—dijo.

El sujeto se acercó renuente a la casa y quedó al pie de la ventana. Para mirar al joven, tenía que echar la cabeza hacia atrás casi en ángulo recto.

—¿Qué diablos...? —empezó a decir, pero Dillon no le dejó continuar.

—Si sigue así, va a pillar una tortícolis de todos los demonios. Vamo6, dé la vuelta y entre, tengo mucho que contarle.

Rezongando entre dientes, Matthish entró en el salón al cabo de unos mementos.

Annalee, sentada displicentemente en una butaca, con las piernas cruzadas, le dirigió una brillante sonrisa.

—¿Qué tal, señor Matthish?

El hombre emitió un bufido. Luego se volvió hacia Dillon.

—¿Por qué diablos dijo que mi revólver estaría aquí, si no es verdad?
—preguntó.

—Sabía que no lo encontraría en el lugar donde habitualmente lo tiene y le hice picar, para que viniese aquí —contestó el joven sonriendo—. En realidad, sigue en su despacho, detrás de unos libros. Pero la policía se lo pedirá en su momento, para comprobar la veracidad de ciertos hechos, aunque, desde luego, no le acusarán de la muerte de Nick.

—Yo no lo hice...

—Lo sé, lo sé, pero alguien hizo un cambio de revólveres, aprovechándose de que usted no se preocupaba demasiado del que había comprado como obsequio para cierta dama que levantó el vuelo inesperadamente. Y tampoco encargó un silenciador, ¿verdad?

—Ni se me pasó por la imaginación —respondió Matthish.

—Pero alguien lo hizo en su lugar, aunque luego le culpó de haberlo encargado. Era lógico; el silenciador es una pieza clave en este asunto.

—¿Quiere explicarse, por favor?

Dillon hizo un gesto con la mano.

—Annalee, querida, sírvenos unas copas —pidió.

—Sí, con mucho gusto — accedió la muchacha.

Matthish, por indicación de Dillon se sentó en otra butaca. El joven empezó a hablar, sin esperar a que Annalee trajese las bebidas:

—Todo empezó cuando Nick quiso subir aún más de lo que ya había subido y quiso quedarse con el negocio, cosa a la que se negó usted, porque, realmente, no podía hacerlo, ya que pertenece al padre de Fanny. Nick, por supuesto, lo sabía, pero quería forzar las cosas y como no pudo, se puso de acuerdo con Baltimore Johnny. Este le

aconsejó iniciara una campaña de desprestigio contra el local, a base de hacer trampas en las ruletas y que la gente lo divulgase. Para ello necesitaba el concurso de un experto, Toby Kyle, pero como éste se negó y sabía lo que pretendían, decidieron quitarle de en medio, equivocándose con su hermano.

Dillon hizo una corta pausa para tomar un sorbo de la copa que Annalee le había puesto en las manos. Luego continuó:

—A pesar de lo que dice, Baltimore Johnny es el que está detrás de todo este asunto, y ya que la campaña de las trampas en el juego había fracasado, decidieron realizarla de otra manera. El escándalo tenía que producirse de todas maneras y Nick debía morir.

Puesto que había desavenencias entre él y su mujer, ¿quién mejor que ésta para cargar con las culpas?

«Alguien empezó a calentar la cabeza de Fanny, tratando de hacerle ver las terribles consecuencias de un escándalo en el que su padre estaría implicado directamente. Nick, por su parte, aunque inconscientemente, colaboraba en ese plan, con su conducta y sus pretensiones de dinero. Fanny, al fin, llegó a un punto crítico y decidió cortar por lo sano.

Para eso, compró un revólver.

»Usted —prosiguió el joven—, compró otro idéntico para la dama voluble, pero no lo hizo directamente, sino que fue otra persona, quien efectuó la compra bajo el nombre de Nick Britten. Ya estaba el plan en marcha y sólo era necesario ponerlo en ejecución.

»La noche en que murió Nick, alguien vino a esta casa antes que él y esperó agazapado en las sombras, con un revólver en el que había puesto un silenciador que usted no encargó. Cuando vio que Fanny se disponía a matar a su marido, hizo fuego al mismo tiempo, sin ruido. Nick cayó fulminado y su historia se acabó en ese mismo instante.

—Apenas me ha contado nada que no supiera ya —gruñó Matthish.

Dillon alzó una mano.

—Aguarde un poco, por favor; aún no he terminado. Bien, estábamos en que Fanny disparó contra su esposo y que otro lo hizo al mismo tiempo. Pero el revólver que usó el asesino era el de Fanny y ella, sin saberlo, tenía el de usted, absolutamente idénticos ambos. El asesino ya había hecho el cambio previamente y ella, lógicamente, no iba a mirar la numeración de su revólver cuando decidiera utilizarlo, aparte de que es más que probable que ni siquiera la conociera.

—Entonces, ese tipo cogió mi revólver de mi despacho...

—Usted no lo tenía guardado bajo llave y, prácticamente, no se preocupaba de él, cosa que se ha demostrado esta noche, cuando al ir a buscarlo, no lo ha encontrado en su sitio.

—Bien, ¿y qué pasó después?

—Es bien sencillo. El asesino entró rápidamente en la casa y, tras quitar el silenciador, cambió los revólveres de nuevo, procurando, lógicamente, borrar sus huellas. Fanny estaba desmayada y no se enteró, pero, en todo caso, había sido lo mismo, porque el asesino hubiese realizado el cambio en cualquier otro momento y antes de que llegase la policía, dado el estado de postración en que ella se hubiera encontrado, aun sin desmayarse.

—Entonces, por eso la bala que mató a Nick salió del revólver de Fanny.

—Exactamente. Y la que salió de su revólver está aquí todavía, en el mismo sitio donde se incrustó tras el disparo que Fanny hizo con pésima puntería.

—Y todo ello, ¿por qué?

—Nick podía obtener acaso un millón y no lo habría compartido con nadie —dijo Dillon.

—Creo que comprendo. Pese a lo que ha dicho, Baltimore Johnny quería mi negocio —

murmuró Matthish.

—Sí, y empleó para su plan a alguien a quien prometió después un buen puesto, gerente del Rainbow o algo por el estilo.

—De acuerdo, abogado, pero ¿por qué no me ha contado todo esto en mi despacho?

—Tenía que atraerle aquí, con la mentira del revólver que usted creía escondido en el jardín, de otro modo, no hubiera venido. Pero al acudir usted a esta casa, el asesino vendría también, a fin de escuchar nuestra conversación y, si era preciso, tomar las medidas oportunas para defender su pellejo.

Matthish se enderezó en su asiento.

—¿Está aquí? — exclamó.

Dillon sonrió enigmáticamente. Fue hacia la puerta y la abrió de golpe.

—Jules, es de mal gusto escuchar por la cerradura —dijo.

Rigbert dio un par de pasos en el interior de la habitación. Annalee se alarmó al verle con una pistola en la mano.

El sujeto estaba terriblemente pálido, pero parecía dispuesto a todo.

—Voy a matarle, Dillon —anunció—. No sé qué me pasará después, pero usted no podrá verlo... Sin embargo, quiero que me diga una cosa.

—Claro, amigo —contestó el joven plácidamente—. Estoy dispuesto a darle toda clase de explicaciones. ¿De qué se trata, Jules?

—¿Cómo diablos supo que no había sido Matthish?

—Elemental, querido Jules, que diría Sherlock Holmes. Usted trataba de achacarle las culpas, haciéndome creer que era él quien había disparado contra su socio. Pero se olvidó de un detalle importantísimo: la baja estatura de Matthish, cuya frente queda, al menos, a quince centímetros por debajo del antepecho de la ventana, desde la cual usted disparó contra Nick, alzándose un poco de puntillas, agarrándose con la mano izquierda y apoyando el antebrazo

derecho para una mejor puntería Matthish no podría haberlo hecho, salvo con la ayuda de una silla o un taburete. ¿Satisfecho?

—Suficiente — contestó Rigbert.

Levantó el arma y tomó puntería En el mismo instante, sonó una voz imperativa:

—¡Tire esa pistola!

Rigbert, furioso, se volvió hacia la ventana y disparó una vez. Otra pistola contestó desde el mismo sitio.

El asesino se tambaleó, herido de muerte. A pesar de todo, hizo un esfuerzo supremo para apretar el gatillo, pero un segundo disparo lo arrojó al suelo, en donde quedó inmóvil a los pocos instantes.

El teniente Reeb entró momentos después, seguido de varios policías.

—No me dejó otra opción —dijo quejumbrosamente.

—Rigbert lo dijo bien claro: no le importaba lo que pudiera pasarle. Pero fue antes, claro —contestó Dillon.

Miró a la muchacha y sonrió. Luego se volvió hacia Reeb,

—Como supongo que habrá oído todo lo que hemos dicho, sabrá qué medidas debe

adoptar con Baltimore Johnny

—añadió.

—Deje eso de mi cuenta. Ese pajarraco tiene mucho de qué responder — contestó el policía—. Por cierto, ¿dónde está el otro proyectil que no supimos descubrir?

Dillon fue hacia la librería y apartó el tomo que ocultaba el impacto.

—Haga que sus expertos vengan a sacarlo —dijo—. Comprobaré mi teoría de forma indiscutible.

—Muy bien, así lo haremos.

Matthish se acercó a Dillon.

—Abogado, hoy ha ganado treinta y cinco mil dólares. Hizo trampas,

pero no supimos advertirlo ni mucho menos evitarlo.

Dillon volvió a sonreír.

—El hombre que se negó a complacer a Britten, hizo el trabajo para mí —explicó—.

Fuimos una noche, de madrugada... Por cierto, tiene usted unos sistemas de alarma que dan verdadera lástima. Entonces fue cuando escondí el revólver... pero permítame que me reserve el truco. No se lo diré a nadie ni tampoco volveré a emplearlo, créame.

—Me ha birlado treinta y cinco mil «pavos» —dijo Matthish.

—Paga Selphax. ¿Q no?

Matthish asintió.

—Es cierto —admitió—. Oiga, ¿fue Rigbert el que se cargó a Quillan?

—¿Quién otro podría ser? —replicó Dillon.

—Sí, es cierto.

Annalee miró a Dillon y el joven se le acercó y tomó sus manos.

—¿Asustada? —preguntó.

—Se me está pasando —sonrió ella.

Annalee pareció meditar unos instantes. Luego dijo:

—Irás a la cárcel a esperar la salida de Fanny, supongo.

—Sí, pero iré solamente como abogado.

—¿De veras?

—Encanto, lo que pude sentir tiempo atrás hacia Fanny se ha disipado ya —contestó Dillon—, Y si no me crees, ¿por qué no me acompañas?

—Bueno, si me lo pides...

—Eres mi colaboradora, ¿no?

—Ayudante emérito, quedamos en ello, Doug.

Dillon pasó una mano por la cintura de la muchacha y la empujó

suavemente hacia el exterior.

—Creo que convendría discutir los términos en que se va a desarrollar nuestra colaboración en el futuro —dijo.

—Bueno, si me haces una proposición decente...

—En primer lugar, dejarás a Hulmer & Hulmer.

—Eso está hecho, Doug.

—Después, empezarás a buscarte otro vestido. De color blanco, con velo y ramo

—Eso cuesta muy caro —suspiró ella.

—Nena, tienes diecisiete mil quinientos dólares.

—¿Yo? —Annalee rió nerviosamente—. ¡Pobre de mí! Creo que me quedan apenas cincuenta en mi cuenta del banco...

—Hablo del dinero que has ganado esta noche, manejando ese aparatito de control remoto que tienes en el bolso, en forma de pitillera. Hiciste las trampas para mí, no lo olvides.

—De acuerdo, pero es un dinero ganado de forma irregular, Doug.

—No llega siquiera a la minuta que pensaba presentar a Selphax. Dirás que soy un poco caro, pero evitar a Fanny una condena de cárcel para toda la vida merece la pena, supongo.

—Bueno, si te pones en ese plan...

Ya estaban en el exterior. Dillon levantó la cabeza un instante, contempló las estrellas y luego, inesperadamente, abrazó a la muchacha.

—¿Te parece un plan desagradable? —preguntó.

Ella le miró y sonrió cautivadoramente.

—Estoy esperando, Doug —dijo.

—¿A qué? —se extrañó él.

—A tu primer beso, ¡tonto!

Dillon se echó a reír y luego hizo lo que Annalee esperaba con
impaciencia FIN



9 788402 025135

3 1 7 3 1



**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España